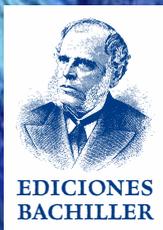


CÓMO SURGIÓ la CULTURA NACIONAL

Walterio Carbonell



**EDICIONES
BACHILLER**

**CÓMO
SURGIÓ
la
CULTURA
NACIONAL**

CÓMO SURGIÓ la CULTURA NACIONAL

Walterio Carbonell



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CUBA
JOSÉ MARTÍ



EDICIONES
BACHILLER

Edición: Marta B. Armenteros Toledo
Corrección: Nuriem de Armas Rodríguez
Diseño y composición: José A. González Baragaño

Fotomecánica e impresión: Imprenta Federico Engels

Primera edición: 1961
Segunda edición: 2005
Tercera edición: 2020
ISBN 978-7137-17-8

© Sobre la presente edición:
Biblioteca Nacional de Cuba José Martí

BIBLIOTECA NACIONAL DE CUBA JOSÉ MARTÍ
Ave. de Independencia y 20 de Mayo,
Plaza de la Revolución, La Habana.

Nota preliminar

EN 1961 VIO LA LUZ en Cuba la primera edición del libro *Cómo surgió la cultura nacional*, del intelectual y ensayista cubano Walterio Carbonell (1920-2008), cuya vida, obra y pensamiento aun es una asignatura pendiente en el estudio de algunas figuras poco estudiadas en el panorama cultural cubano.

Walterio viajó a París en los 50, donde se afilió al Partido Comunista Francés. En 1956 participó en el Primer Congreso de Escritores en París, junto a Leopold Sedar Senghor, Aimé Césaire, y Frantz Fanon.

De su estancia en Francia se conoce una anécdota: momentos antes de que triunfaran los rebeldes liderados por Fidel Castro, Walterio desplegó una bandera del Movimiento 26 de Julio en lo alto de la Torre Eiffel.

A su regreso a Cuba tras el triunfo revolucionario ocupó varias labores como periodista del diario *Revolución*, ejerció la docencia en el propio periodismo y fue corresponsal de guerra durante la contienda de Playa Girón. Ocupó muy brevemente el cargo de embajador en Túnez.

Durante las dos últimas décadas, Walterio trabajó en la Biblioteca Nacional, donde se dedicaba a las labores de investigación.

Los pocos estudiosos e investigadores que han frecuentado su obra como intelectual y pensador lo definen como un pensador de izquierda agudo, inquieto e impredecible. Esta caracterización de Walterio Carbonell se puede constatar en cada página de *Cómo surgió la cultura nacional*, una obra no muy extensa pero de contenido incendiario para los cánones historiográficos de su tiempo, que aún tiene mucho que decir. Si en un párrafo se pudiera definir la esencia de este libro, sería la reivindicación del legado de África en Cuba a través de componente hispano de la nación cubana como elemento indispensable de la identidad cultural de la Isla, ello en contrapunteo con una disección crítica a figuras históricas del siglo XIX como Francisco Parreño, José Antonio Saco, y José de la Luz y Caballero.

Cuarenta y cinco años después de su primera edición, el sello editorial Bachiller de la Biblioteca Nacional José Martí realizó una modesta reimpresión en justo homenaje al centenario del autor, quien consagró muchos años de su vida al trabajo investigativo en esta institución. Acerca de la presentación del libro en el año 2006, el historiador Eliades Acosta Matos, en aquel entonces director de la Biblioteca Nacional afirmó que el libro de Walterio “es uno de los más radicales de la historiografía revolucionaria”. Al mismo tiempo, el reconocido crítico cubano Pedro de La Hoz dijo que “Los científicos sociales cubanos tienen en el libro de Walterio propuestas actuales para debatir y polemizar. Bastaría retomar esta afirmación (de Walterio) para incentivar el análisis: África ha facilitado el triunfo de la transformación social del país. Esto no quiere decir que España haya desaparecido. España se ha africanizado.”

En el centenario de Walterio Carbonell, la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí retoma el homenaje a este inquieto y polémico investigador cubano bajo una segunda reimpresión de *Cómo surgió la cultura nacional*, obra que no solo forma parte indisoluble la historia de la cultura cubana, sino también de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí. Los amigos y colegas que recuerdan a Walterio, aun lo pueden ver en su mesa en el tercer piso en la Sala Cubana, llena de papeles, libros y fichas bibliográficas; en esa viva imagen del trabajador de la palabra y el pensamiento en su búsqueda incansable por el conocimiento. El legado de hombres así no muere, incluso si la figura humana ha sido temporalmente eclipsada por las contradicciones propias de una época. Como en todo eclipse, la oscuridad pasa y la buena obra ve la luz y permanece a través del tiempo.



*A Fidel
y a la nueva generación
de Escritores*

Capítulo I

ESPAÑA Y PORTUGAL unieron a dos continentes lejanos, África y América, con sus barcos y el empleo sistemático de la violencia. Traficantes de esclavos aportaban, año tras año, valiosos informes sobre África: En el Mundo de que vamos a ocuparnos, tan estrecho es el enlace entre estos dos, que es imposible tratar de América prescindiendo de África. Sin esta, jamás hubiera el Nuevo Mundo recibido tantos millones de negros esclavizados en el espacio de tres centurias y media, y sin el Nuevo Mundo nunca se hubiera arrancado del suelo africano tan inmensa muchedumbre de víctimas humanas. Esto lo dice con razón José Antonio Saco en el libro primero de su *Historia de la esclavitud*. Los móviles que impulsaron a las potencias a transportar africanos hacia América y hacerlos entrar en relaciones con los indios, son bien conocidos: disponer de una masa enorme de población esclava —negros e indios— para los trabajos en las minas, las plantaciones de café y caña de azúcar, y obtener del producto de su trabajo fabulosas ganancias.

Durante todo el largo período que duró el tráfico de esclavos. Cuba fue uno de los países de América que disponía de más rica información sobre África.

Para hacerse una idea del vasto caudal de conocimientos que el país poseía sobre África basta saber que entre 1800 y 1850, la mayor parte de la población de Cuba, calculada entre un millón y un millón quinientos mil habitantes, era africana; que las religiones africanas tenían muchos más fieles que la religión católica, y que la música de los africanos tenía mayor número de ejecutantes y admiradores que la música de los españoles. Muy poco se sabía de China, de la India, etcétera. África era la pasión de los hacendados, comerciantes, funcionarios coloniales, banqueros y curas así como de todos aquellos que estaban dominados por el espíritu de lucro. Curas y banqueros esperaban con ansiedad, noche y día, la llegada de los barcos negreros. Los colonialistas discutían en sus

centros políticos, en el Ayuntamiento de La Habana, en el Consulado, en la Sociedad Patriótica de Amigos del País, en torno a la suerte que correrían las industrias azucareras y cafetaleras y los trabajos públicos, si Inglaterra llegara a impedir el comercio de esclavos. Las conclusiones de estos señores eran muy pesimistas: si el tráfico era realmente impedido, los resultados no serían otros que la ruina de los negocios.

Los hacendados tenían cierta cultura africana; conocían cuáles de las razas africanas eran las más fuertes para los trabajos agrícolas, cuáles las más belicosas y también las más dóciles para el trabajo esclavista, y cuáles las más aptas para provocar rebeliones antiesclavistas. Conocían muchas características de las razas de Guinea, Nigeria, del Congo y del Río de Oro. África interesaba tanto que no es por casualidad que el libro más importante escrito durante los tres siglos y medio de colonización se llamara: *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países américo-hispanos*, de José Antonio Saco; libro que por una de esas raras coincidencias los historiadores apenas citaron y los intelectuales jamás leyeron.

El fin de la dominación colonial española en Cuba echó un manto de olvido sobre el continente africano. Ya África no interesaba económicamente, no había pues, ocasión de obtener nuevos conocimientos culturales: la esclavitud había terminado. Los políticos y los escritores de los tiempos de la dominación española citaban con frecuencia al continente africano, pero los políticos y escritores de la república burguesa no quisieron jamás recordar su nombre. ¿Para qué? La república burguesa no necesitaba de África. Es curioso, los mismos hacendados, comerciantes, banqueros y curas que durante la época colonial pasaron noches de insomnio en espera de los barcos negreros cargados de riquezas humanas, fueron los primeros que, desde el inicio de la república, olvidaron el continente africano. África se convirtió en una palabra molesta para toda la llamada gente culta. Era una especie de Babilonia cuyo nombre evocaba la concupiscencia. Y tenían razón. África era la concupiscencia en su doble sentido, en el de la lujuria y en el de los apetitos de bienes terrenales practicados por todos estos fariseos en las plantaciones e iglesias con los hijos de África. Hicieron del varón un bien, una cosa terrena, objeto de comercio, una mercancía, y de la hembra, un objeto de posesión doble, de posesión para el trabajo y de posesión sexual. Los mismos que en los tiempos de la colonia española acusaron de enemigos del rey, de la propiedad y de la religión a aquellas pocas personas que reprobaron el tráfico negrero, fueron los que durante la república burguesa proscri-

bieron el nombre de África, que fue la fuente de riqueza sobre la cual se fundó luego la República burguesa. Pero su nombre evocaba los orígenes abominables de la riqueza burguesa, y por lo tanto debía ser borrada de la vida política y cultural de Cuba. Debían prohibirse sus religiones, su música, sus hábitos y costumbres, y todos sus valores culturales de la misma manera que en la época colonial. Con razón dice Antonio de las Barras y Prado en sus *Memorias de La Habana a mediados del siglo XIX*:

Enumerar los grandes crímenes sangrientos que se han cometido en la Tierra, sería el cuento de nunca acabar, y no puede ser de otro modo si se considera que todos los que trabajan en ella, lo hacen fuera de la Ley; desde el esforzado capitán, hasta la más temible marinería, compuesta de gente que nada tiene que perder, pero aventurera y resuelta, todo lo que se necesita para desafiar los peligros que entraña este inhumano tráfico. Como en estos buques no reina más disciplina que la que se impone por la fuerza bruta, se han dado bastantes casos de sublevarse las tripulaciones para robar a los capitanes el dinero que llevaban para comprar los negros, sucumbiendo aquellos en desesperada lucha contra una turba de feroces bandidos que encallan luego el barco en cualquier costa desierta y se fugan por tierra. Así es, que ni el revólver ni el cuchillo se desprenden un momento del cinto de los oficiales, tan bandidos como sus marineros, y que llevan, cuando salen a un viaje de estos, la vida pendiente de un hilo.

Antonio de las Barras y Prado nos recuerda además que el tráfico de esclavos motivaba las más intensas emociones de la sociedad colonial:

“Aquí, lo mismo que en todas partes, hay muchos aficionados a todos aquellos negocios que aunque arriesgados producen en un caso feliz pingües utilidades, y de ahí nace el que haya también personas dispuestas a interesarse en el tráfico de esclavos. Esto no es de extrañar, teniendo en cuenta que hoy se cree que constituye el dinero la única felicidad de los hombres, y que en la mayoría, la idea es enriquecerse en el menor tiempo posible sin reparar en los medios, pues la conciencia se ha convertido en un mito y los escrúpulos se consideran cosa de tontos. Esa impaciencia por hacer dinero, que estimula la afición a los juegos de azar con la esperanza de conseguir en un minuto lo que por medios regulares y ordenados costaría gran número de esclavos, no es ni más ni menos que un juego de azar en el que aparte de los grandes riesgos de todo contrabando, el explotador es el banquero, y el jugador de buena fe

la víctima. En esta además, hay otras víctimas, constituyendo un delito de lesa humanidad.

“Lo mismo que en las ferias o garitos un tahúr invita a jugar a todos los inocentes que se presten, así hace aquí un armador de buque negrero, salvo rarísimas excepciones, proyectando una expedición para desplumar a los incautos que se apuntan como accionistas. y este ha sido el origen de muchas fortunas que se han visto crecer y desarrollarse como por ensalmo en la isla de Cuba.

”El negocio es bastante incitante para atraer incautos, como puede producir doce o quince por uno. pero tiene en contra los cruceros ingleses y americanos en las costas de África, los españoles en las de la Isla, y la vigilancia de Mr. Crawford, cónsul inglés en La Habana, constante denunciador a las autoridades españolas para que persiga en tierra las expediciones desembarcadas. Mas suponiendo que hayan escapado de todos estos riesgos, queda a los interesados otro mucho mayor e insuperable, que es la mala fe de los armadores.

”Para hacer más comprensibles los procedimientos que se emplean en esta clase de negocios, voy a valerme de un ejemplo. Supongamos que un sujeto que goza de crédito en ciertos círculos aficionados a las cosas de azar, se presenta un día invitando a sus amigos con promesas halagüeñas a que tomen parte en una expedición. Les dice que esta no costará más que veinticinco o treinta mil pesos y que el buque, que tiene preparado, podrá traer con comodidad de setecientos a ochocientos negros, que vendidos a cuarenta onzas y deducidos los gastos pueden dar un resultado de diez por uno. Les explica el derrotero y las probabilidades de buen éxito, pues el crucero está algo abandonado en las costas de África con motivo de la guerra de Oriente y es muy escasa la vigilancia, según cartas de los factores, en el paraje donde cargará el buque. Después, cuando regrese a la Isla, tiene un punto segurísimo donde hacer el desembarco, y cuenta con las autoridades y con toda clase de medios para poner en tierra la negrada a poca costa. Ante proposición tan tentadora, todos se apresuran a entrar; el armador percibe en metálico la parte de cada uno y luego que el armamento está hecho les notifica el costo de la expedición presentando cuentas, pues como negocio prohibido, no se dan recibos ni documentos de ninguna clase; todo se hace bajo palabra, y se han dado casos de quedarse con el dinero y no realizar la expedición, contra esto no queda más recurso que una vez descubierto el fraude, la venganza personal.

”Una de esta clase debió ser la ejecutada por don J. G., acaudalado propietario que vivía en una hermosa casa de la calle del Olimpo [Obispo].

”Dicho señor, cuyo capital se había ido formando, según voz pública, con los productos de la trata, y quizás también con los de otras industrias por el estilo, era como es frecuente en hombres pocos escrupulosos, muy hipócrita y afectaba gran religiosidad; era lo que se llama vulgarmente un beato. Un día, estando arrodillado en la iglesia, quizás acosado por los remordimientos acaso pidiendo a Dios por la difícil salvación de su alma, no sintió que se le acercaba por detrás un sujeto el cual le derramó en la cabeza un líquido que se le corrió hasta los ojos dejándolo ciego. El sujeto era un médico catalán a quien había negado una cantidad que le tenía confiada. El médico se suicidó en la misma iglesia. El tal don J G pasaba en la sociedad por hombre respetable. Así [sucede] con muchos aquí y en todas partes de los que se consideran como tales”.

¿Por qué extrañarse, pues, del silencio tendido por la dominación burguesa en tomo al nombre de África? ¿Por qué extrañarse, pues, de la política discriminatoria practicada por la burguesía contra los descendientes de África? ¿Por qué, si al fin y al cabo la burguesía republicana era décadas atrás representante del sistema esclavista una fracción de la Internacional española, que no dejó un indio con cabeza en Cuba y arruinó su cultura? Todas estas gentes eran parte del clan de aventureros que arruinó la civilización maya, quechua, etcétera, y a millares y millares de indígenas en toda América.

¿Qué podía esperarse de los protagonistas de la república burguesa nacida entre el vicio y el deshonor, que no tuvieron reparos en vender su alma colonial, su alma de traficantes, a la nueva Internacional de traficantes: los monopolistas yanquis? Y, ¿por qué no iban a venderse a la nueva Internacional si la nueva Internacional con sede en Wall Street, era la gran heredera de la Casa de Contratación de Sevilla, de la que en el pasado los esclavistas criollos fueron un apéndice?

La república burguesa fue la república de los comerciantes, de los hacendados y del clero, es decir, de las mismas clases y sectores que se enriquecieron con el tráfico de esclavos durante el sistema colonial español en Cuba.

Todas estas gentes que dominaron la república burguesa fueron una importante fracción de la Internacional del saqueo, de la piratería y la esclavización del continente americano. Y es por esto que no tuvieron escrúpulos en pagarse a Wall Street. ¿Qué iban a reprocharle a Wall Street? Su moral era la moral de la nueva Internacional. Entonces, ¿por qué no unirse a las gentes de su propia calaña? Nada tenían que reprocharle a Wall Street, a no ser los procedimientos utilizados a la hora de repartirse

las ganancias; producto de la explotación de las grandes masas del país. La burguesía percibía la menor parte del botín. Reproche que desde luego no se diferenciaba del reproche que los terratenientes esclavistas le hicieran a los comerciantes y a la monarquía española.

La burguesía no sintió remordimientos de conciencia al pasarse con armas y bagajes a la Internacional de Wall Street. ¿Acaso Morgan y Rockefeller no explotaban a los indios y a los negros con el mismo rigor y voracidad que la Casa de Contratación de Sevilla? ¿Acaso las Sociedades Mercantiles de los siglos XVI y XIX, dedicadas al tráfico de esclavos, no fueron las pioneras de los monopolios modernos? Marx ha dicho, en el “Libro Primero” de *El capital*, que el régimen colonial da a luz las sociedades mercantiles, dotadas por los gobiernos de los monopolios y de los privilegios para asegurar la salida de sus manufacturas y facilitar la doble acumulación de las mercancías, gracias al mercado colonial. Los tesoros directos usurpados por Europa, el trabajo forzado de los indígenas reducidos a la esclavitud, la exacción, el pillaje y la matanza, todo lo que beneficia a la Madre Patria, se convierte en capital.

Estos comerciantes, estos banqueros, estos curas, estos hacendados y estos terratenientes cuya riqueza la Revolución cubana acaba de expropiar y que deambulan por Miami y Nueva York añorando el regreso, nada debían de lamentar, puesto que la Revolución les ha prestado un gran servicio al facilitarles la más estrecha unión con las gentes de su propia calaña. ¿No habían sellado su unión desde los tiempos de Jefferson y el acaudalado Aldama? Pues bien, ya están como lo deseaban desde el siglo XIX: viviendo todos en familia.

La república burguesa sólo tenía memoria para recordar sus “sufrimientos” del pasado, pero no para recordar los sufrimientos de los esclavos. En la república burguesa solamente se recordaban ciertas restricciones políticas sufridas por los hacendados durante el siglo XIX; se recordaban los excesos de impuestos, los toques de campana de La Demajagua, pero no el proceder tiránico y bárbaro de los hacendados contra sus esclavos. ¿Para qué recordar la esclavitud de los negros, la esclavitud bajo la que murieron miles de hombres a manos de los hacendados y sus mayores? ¿Para qué recordar el hambre, la miseria, los azotes, las monstruosas torturas y las dieciocho horas diarias de trabajo en las plantaciones? ¿Para qué recordar el pasado de los banqueros, de los almacenistas, de los curas, de los terratenientes, de toda la gente limpia y toda la gente culta si todos habían sido santificados por la república burguesa? Para el verdadero pasado la república burguesa no tenía memoria.

La diferencia entre el pasado de la burguesía francesa del siglo XVIII y el pasado de la burguesía [cubana] salta a la vista. La francesa hizo su capital en el libre comercio, en las industrias de Nantes y Burdeos, bajo el régimen del salario. La cubana acumuló riquezas mediante el robo de hombres, mujeres y niños de otros continentes, con el azote, el cepo, las cadenas, los crímenes y el trabajo esclavo.

En 1902, la casi totalidad de la población cubana se encontraba en la miseria y sólo un grupo de personas poseía las riquezas. ¿Durante qué época las acumularon y cómo las acumularon? ¿Se hicieron ricos el mismo día que el general Wood izó la bandera cubana en el Morro, o se hicieron ricos mucho antes de la intervención norteamericana? Se hicieron ricos mucho antes. Se hicieron ricos durante todo ese período durante el cual fueron los verdaderos padres de la esclavitud.

Todo lo que pudiera dañar su moral burguesa fue callado, y todo lo que pudiera beneficiarla fue invocado en la tribuna, en el parlamento, en la universidad y en los libros de historia: la dominación burguesa se apoya en la fuerza del capital y las bayonetas, pero también en una moral, más o menos “honorable”. El pasado de la “burguesía” era poco honorable. Su moral era muy frágil, porque su moral del pasado, su moral colonial, tenía por fundamento la esclavitud de los negros.

Mucho terreno se hubiera adelantado en la lucha contra la dominación burguesa si desde el principio de la república, un grupo de hombres radicales hubiera hecho recordar de manera sistemática el origen de las riquezas de la burguesía y los procedimientos que utilizaron para convertirse en potentados. El pueblo hubiera descubierto su verdadero rostro detrás de la máscara de democracia con que la burguesía lo ocultaba. Pero como no se hizo esto, como no se le desenmascaró valientemente, la burguesía gobernó con cierta apariencia de mirlo blanco. La llamada unión sacra entre los cubanos, la invocación a la república “con todos y para todos”, la defensa de los intereses nacionales y todas estas palabrejas, sirvieron maravillosamente a los fines de la dominación burguesa.

PUES BIEN, aunque la dominación burguesa en nuestro país ya es cosa del pasado, es muy saludable para el pueblo que Fidel Castro le haya recordado el pasado de la antigua clase dominante. Este recordatorio es muy saludable porque todavía sobreviven en la conciencia de muchas gentes los prejuicios y vicios mentales que fueron creados por las condiciones sociales del pasado. Todavía es útil recordar la historia verdadera de la

burguesía, historia falseada por los políticos, los profesores, los historiadores, porque la burguesía fundó su autoridad no sólo en el poder económico y político, sino también en el poder de las mentiras propaladas por sus hombres cultos. Y porque, además, muchas de esas mentiras son tenidas hoy por verdades, aun por aquellos que son revolucionarios, que han contribuido a liberar a nuestro país de la dominación burguesa, pero que han sido incapaces de liberarse de todo el poder ideológico de la burguesía. Hay que crear en el pueblo una conciencia histórica de ciento cincuenta años por lo menos para que su conciencia posea la ficha completa de los verdaderos personajes nacionales derribados por la Revolución: el terrateniente, el banquero, el gran comerciante, los curas. Con la ficha completa de los personajes derribados, el pueblo podrá más fácilmente limpiar su conciencia de viejas supervivencias y, liberado de estas, construir una sociedad más vigorosa, de más noble salud.

Demoler las concepciones ideológicas de la burguesía es hacer Revolución. Los intelectuales burgueses han pintado con los más bellos colores el pasado de su clase, han idealizado el pasado de la “burguesía” esclavista y exagerado los méritos de esta clase hasta lo infinito. Y todo esto en detrimento del pasado heroico del pueblo, y para beneficio de los propios intelectuales encargados de mentir. Hay que esclarecer el papel jugado por el terrateniente esclavista, por el dueño de ingenio durante la dominación colonial; el papel de esta clase dominante, el papel de este activo instrumento de la dominación colonial, de ese terrateniente esclavista que hasta en la etapa inmediata a 1868 no jugó otro papel que el de freno del progreso y la independencia nacionales.

Hay que esclarecer el siglo XIX esclavista, porque es precisamente durante este siglo que la ociosidad es más elocuente. La burguesía tenía sus historiadores, sus periodistas, sus profesores que escribían fábulas heroicas sobre ella para que el pueblo las tomara por realidades y justificara su dominación. Es por todas estas razones que el siglo XIX necesita revisión. Dioses de barro superviven como una realidad en la conciencia de nuestro pueblo revolucionario. Figuras oscuras, esclavistas de la peor especie, como Arango y Parreño: esclavistas atormentados como José Antonio Saco y Luz Caballero, enemigos de las revoluciones y de la convivencia democrática, han sido elevados a la categoría de dioses nacionales por los historiadores, profesores y políticos burgueses.

La Revolución no puede tener por dioses nacionales a estos hombres, los mismos hombres que fueron elevados por la burguesía a la categoría de dioses nacionales.

Estos hombres son representantes del colonialismo español: reforzaron el colonialismo español por todos los medios, por el peor de los medios: la esclavitud. En ningún momento se interrogaron sobre la esclavitud y el colonialismo español. No aportaron ni una sola idea progresista en favor de la nacionalidad; fueron fieles al colonialismo español hasta el fin de sus días. José Antonio Saco por ejemplo, el hombre polémico, fue un enemigo de la revolución de 1868. No hay por qué confundir, como suelen hacerlo algunos revolucionarios de izquierda, las contradicciones entre los diferentes grupos esclavistas con la nacionalidad ni con la cultura nacional. No hay por qué exagerar el papel de estas contradicciones como factor de desintegración del sistema colonial español. Y por otra parte, si las condiciones anteriores a 1868 entre los grupos de esclavistas y el sistema colonial español contribuyeron a formar la nacionalidad cubana, esto no quiere decir que los mencionados señores sean nacionalistas. Una cosa son las contradicciones clasistas dentro de un sistema social y otra las ideas que los hombres se forjen en torno a estas contradicciones. Una de las tareas del escritor revolucionario de hoy día es poner bien en claro nuestro pasado histórico. La claridad en nuestro pasado es una de nuestras grandes tareas revolucionarias en el aspecto ideológico. Mientras reine la confusión sobre nuestro pasado ideológico, estaremos padeciendo, como decía Carlos Marx con respecto a la revolución de 1848 en Francia, no sólo de los males del presente sino también de los del pasado. Sobre todo esto insistiremos más adelante.



Capítulo II

Síntomas de debilidad ideológica de la burguesía

HEMOS DICHO que África se convirtió en el continente maldito, que todo lo africano era condenado en nombre de la civilización. Pues bien, al proscribir a África, la burguesía proscribía a los negros que fueron traídos a Cuba como esclavos. Y al proscribirlos, santificaba la política de discriminación en América, Asia y Oceanía, y aunque Oceanía es un continente poblado también por razas negras, la burguesía pretendía ignorarlo.

La historia cubana, que fue hecha por dos pueblos llegados de dos continentes diferentes: África y Europa, quedó, gracias a las cabezas calenturientas de los pensadores de la burguesía republicana, reducida a la historia de un solo pueblo: España. Es decir, a la historia del pueblo que vino de España, a la historia de lo menos europeo de Europa. O dicho de otra manera, a la historia del pueblo más blanco de África. Todo lo que no pudieron ocultar que era africano fue calificado de bárbaro, tanto la música como la religión de los negros. Pero la historia tiene más vidas que un gato, porque es invulnerable; la historia, la vida real, ha sobrevivido a la mentira de los profesores, de los historiadores, de los políticos, de la llamada gente culta.

Ya mucho antes del triunfo de la Revolución, la burguesía estaba profundamente debilitada por el imperialismo, no sólo en el poder económico sino también en el poder cultural. Y también sus valores culturales habían sido socavados por las tradiciones y manifestaciones de los negros. Es así que los ritmos musicales africanos, considerados por la burguesía como salvajes hasta 1930, terminan por ser adoptados como propios. Los ritmos musicales de los barracones coloniales, ritmos por los cuales los propietarios esclavistas daban cien azotes a sus negros, se convirtieron en ritmos musicales para divertir a la burguesía. La música de la población blanca de la época de la colonia desapareció y su vacío fue llenado por la música de los negros.

Otro de los síntomas de endeblez de la cultura burguesa es la manera como se dejó contagiar por las creencias religiosas de los negros. Los dioses salvajes, los dioses comedores de niños. Changó, Obatalá, Yemayá se civilizaron y posesionaron en los espíritus de las gentes adineradas, no para comérselos ni para cohabitar con ellos, sino para tratar de resolverles sus problemas amorosos, sus aspiraciones a ocupar una alta posición gubernamental, o para sacarles de apuros en sus negocios.

África estaba presente en sus manifestaciones sociales, artísticas y religiosas, ejercía su influencia sobre la vida social y pública de la república burguesa sin que su nombre fuera pronunciado. Sus santos no fueron proscriptos, porque la burguesía continuó adorándolos. Su música dejó de ser música salvaje, porque la burguesía, huérfana de música, danzó con la música negra en los clubes. Todo terminó, como diríamos hoy: en una gran pachanga. Pero esta gran pachanga describió una órbita mayor en la música, la religión y la psicología de los negros que en su situación social. El negro siguió siendo discriminado.

Si lo africano se impuso a la burguesía en el aspecto místico, entendiéndose por místico no sólo lo religioso, sino también lo musical, porque la música y la religión en la cultura negra-africana están íntimamente ligadas, fue porque en gran parte la burguesía estaba profundamente debilitada en su poder económico y político. Es precisamente a partir del momento en que la burguesía va siendo encadenada por los monopolios norteamericanos que pierde confianza en su destino, en su autoridad de mando y su capacidad para resolver racionalmente sus propios problemas económicos. Apela entonces a la religión, a su religión y a la religión del extraño, a esa misma religión de los negros que en la colonia y el primer tercio de la república condenara. En su religión la burguesía no encontraba suficiente poder mágico para resolver los problemas económicos. A medida que su inestabilidad económica se acentuaba, las creencias africanas sentaban plaza en la esfera ideológica de la clase dominante. Este es un fenómeno interesante que muestra cómo un elemento de la antigua superestructura de la clase sometida, la religión, en este caso de los negros, deviene en un elemento superestructural de la clase dominante, es decir, de la clase enemiga y explotadora.

De lo que llevamos dicho no debe deducirse que la religión de los negros no se debilitó. Las religiones africanas perdieron mucho terreno aun dentro de la población negra. La mayoría de la población negra fue ganada por la religión de la clase dominante. El fenómeno es algo parecido al que se produjo en la época del imperio romano en que la religión

de los pobres y explotados, el cristianismo, se convirtió en la religión de la clase dominante. La diferencia esencial entre lo ocurrido en Roma y lo acontecido en Cuba es que la burguesía nunca oficializó los ritos africanos que practicaba.

Es realmente interesante y contradictorio el hecho de que fenómenos culturales de un pueblo sometido lleguen a formar parte de los fenómenos culturales de la clase dominante, que fenómenos culturales de la clase sometida devengan en superestructuras ideológicas de la clase que está en el poder. La regla no es ésta, sino otra, es decir, la señalada por Marx en el sentido de que las ideas de la clase dominante se convierten en ideas de las clases dominadas. Ahora bien, si en Cuba las cosas sucedieron como hemos referido, es decir, que los dioses africanos se convirtieron en dioses de la burguesía y de la población blanca que en la colonia española y principios de la república tenía el total control cultural, fue debido a la extrema debilidad económica y social de ésta. Una clase socialmente fuerte, con unos valores culturales sólidos, no se hubiera dejado penetrar así. ¿Es qué acaso las clases dominantes en los Estados Unidos se han dejado penetrar por las creencias religiosas de los negros del Sur...? No. Las clases dominantes de los Estados Unidos son demasiado sólidas económica y culturalmente, muy dueñas de sí mismas para permitir que las creencias de las clases explotadas perforan su estructura ideológica. Ahora bien, si la música negra ha logrado ocupar un puesto dentro de la cultura norteamericana, si ha desplazado a la música de la población blanca de los Estados Unidos y contagiado con sus ritmos a la clase dominante, es porque la música no es la religión, porque el fenómeno musical es el menos occidental, no así dentro de la cultura negro-africana en que la religión y la música están íntimamente ligadas y ligadas íntimamente a la estructura ideológica de las antiguas tribus y clases.

Si la burguesía cubana hubiera obtenido un triunfo resonante en 1898, un triunfo sin aliados imperialistas, y hubiera realmente mandado en la república, los mitos de las religiones africanas se hubieran estrellado contra el poder de esa burguesía. Y entonces la persecución burguesa contra los portavoces de las religiones africanas hubieran dado los resultados que la burguesía se proponía: exterminar las viejas creencias africanas.

Con un poder omnímodo y floreciente, la burguesía hubiera desarrollado la industria y una cultura científica contra las cuales las supervivencias religiosas africanas de la población negra de Cuba no hubieran podido sobrevivir. Pero como la burguesía no gobernó, como devino en

una clase gobernada por el imperialismo yanqui, como la debilidad de su sistema económico facilitaba que las creencias religiosas africanas supervivieran, supervivieron hasta el punto de socavar las creencias religiosas propias de la burguesía. Y entonces su catolicismo se convirtió en “afrocatholicismo”. La inestabilidad económica produjo la inestabilidad social. Su religión no le fue suficiente para explicarse las causas de su inestabilidad y apeló a creencias religiosas que le eran extrañas para resolver sus problemas económicos y psicológicos. La religión nació de lo desconocido y la burguesía que desconocía las causas verdaderas de su inestabilidad económica hizo con las religiones una “emburugina”.

Si se quiere tener una idea de hasta qué punto la ideología y la cultura burguesa estaban vencidas, de cómo su religión estaba relajada, no hay más que constatar la poca resistencia ofrecida por la jerarquía eclesiástica frente al espíritu revolucionario del pueblo. No han podido librar un solo combate digno contra el Poder Revolucionario. El Poder Revolucionario expulsó a los curas, expropió sus colegios y universidades y nada ha ocurrido. Si las cosas han pasado así sin que se produjera el conflicto mayúsculo que esperaban algunos, algo así como poner en peligro la existencia del gobierno, no es porque el Poder Revolucionario en Cuba sea más fuerte que todos los poderes revolucionarios habidos en el mundo, sino porque el catolicismo era mucho menos fuerte aquí que en otras partes del mundo. No es que la Revolución haya vencido a la religión de los burgueses, sino que ésta estaba vencida desde hacía mucho tiempo, vencida por las creencias africanas y espiritistas.

Los pobres han hecho causa común con los pobres y no con latifundistas y su religión. La jerarquía católica formó escándalos en Hungría y en Polonia donde los comunistas tienen el Poder desde hace unos quince años, pero no han podido utilizar a la religión católica en Cuba para producir el gran escándalo contrarrevolucionario, porque la religión estaba profundamente debilitada.

Los jesuitas eran fuertes en la burguesía, pero ocurrió que cuando se decidieron a producir un gran escándalo contra el Gobierno Revolucionario, ya la clase donde se apoyaban, la burguesía, había sido expropiada. Solo las clases medias de las ciudades podían haber dado la batalla junto a ellos, pero una parte de esta clase apoyaba a la Revolución y la otra no estaba en condiciones de presentar batalla.

En el pueblo, el poder de los jesuitas estaba profundamente minado, como hemos dicho anteriormente, por las religiones negras y las creencias espiritistas; y por su propia desidia, pues durante la república

la alta jerarquía eclesiástica realizó pocos esfuerzos para “cristianizar” al pueblo y acabar con las creencias religiosas que le eran antagónicas. Empujada por su espíritu de lucha solo se interesaba en los barrios residenciales de las ciudades. No tenía tiempo más que para obtener de los gobernantes grandes sumas destinadas a lo que ellos llamaban “obras de caridad”; para construir colegios y universidades como un medio más de dominarlos. Se lanzaron, pues, contra el Gobierno Revolucionario y conspiraron sin una verdadera base social donde apoyarse. Y por su torpeza fueron expulsados del país; no hay por qué extrañarse, los jesuitas están destinados por la historia a ser expulsados de todas partes. Cuando Fidel los expulso, hacía justamente sesenta años que habían sido expulsados de Francia, en 1901. Las anteriores habían tenido lugar en las fechas siguientes: en 1834 de Portugal; en 1820 y 1868 de España; en 1864 de Suiza; en 1872 de Alemania; en 1880 de Francia. Donde único no han tenido problemas los jesuitas (ironía de la historia), es en los dos más grandes países capitalistas, los Estados Unidos e Inglaterra. La ironía no es en virtud de que éstos sean los dos más grandes países capitalistas, sino en virtud de que son países protestantes. En los Estados Unidos el cardenal Spellman predica y hace profesión de nazista a sus anchas...

El presente revolucionario es prueba contundente de la contribución de África a la cultura cubana. Si la Iglesia no pudo mover a ningún sector de las capas populares —como podría hacerlo en España, México o Colombia—, esto se debe a que la religión africana domina la vida religiosa de las clases trabajadoras del país.

La Revolución ha podido transformar la estructura del país sin grandes obstáculos de tradición, costumbres y estilo de vida, esto se debe a que el pueblo cubano ha asimilado importantes aspectos de la psicología africana. La cultura africana ha ablandado y debilitado la estructura reaccionaria de la familia española.

Por algo se dice “Revolución y *pachanga*” en lugar de “Revolución y Santiago”.

África ha facilitado el triunfo de la transformación social del país. Esto no quiere decir que España haya desaparecido. España se ha africanizado.



Capítulo III

Concepción libresca y aristocrática de la cultura

ENTRE NOSOTROS impera aún una concepción aristocrática y libresca de la cultura. Las normas burguesas para interpretar la historia impuestas por Ramiro Guerra son aceptadas por escritores revolucionarios. La burguesía ha sido desalojada del poder, sus intereses económicos expropiados, pero su ideología sobrevive. Es particularmente la visión que la burguesía tenía del siglo XIX la que conserva toda su frescura y candor. ¡Todos los personajes que la burguesía glorificó como héroes conservan su pedestal! Todos los personajes que la burguesía llamó Maestros “forjadores de la nacionalidad” se siguen considerando como tales. La burguesía dijo: “Parreño es un fundador de la nacionalidad” ¡y escritores revolucionarios repiten lo dicho! Estas mismas loas burguesas las reciben hoy Luz y Caballero, Del Monte, a nombre ahora del marxismo. Cada cual se agencia de una cita de un clásico y la aplica de la manera más peregrina para glorificar a los fundadores de la nacionalidad. En realidad no tienen por qué recurrir a Marx y Lenin, pueden encontrar material abundante para apoyar sus tesis en Ramiro Guerra. No hay un solo historiador burgués que deje de darnos su interpretación aristocrática de la formación de nuestra nacionalidad. Y esta misma interpretación se encuentra al uso en estos trajinosos días en que tanto se habla de “rescate de la cultura nacional”. Desde que puse en interrogante la tesis del “rescate” en una reunión de escritores y artistas celebrada en la Biblioteca Nacional, en la que participaron el Primer Ministro Fidel Castro y el Presidente de la República Osvaldo Dorticós, al llamar la atención de que no debían rescatarse a los escritores reaccionarios del pasado, los partidarios del rescate total, me han estado aludiendo en la prensa y la televisión sin citar mi nombre. Es verdad que desde que advertí que el tratar de “rescatar” a los ideólogos reaccionarios del siglo XIX era un absurdo, se comenzó a hablar de revisión y depuración de la cultura. E incluso Varela es más citado que Parreño, pero en el fondo los partidarios del rescate total permanecen en

sus posiciones. Y es verdad también que los complejos problemas de la cultura nacional han sido esbozados por poetas que si bien son la más alta expresión de la cultura nacional, su terreno favorito es el de las nubes y no el análisis sociológico riguroso. Sólo dos poetas han tratado con grandeza el tema de la cultura nacional, Schiller, en su discurso a la Nación alemana y Aimé Cesaire en el Primer Congreso Mundial de Escritores y Artistas Negros en París.

En nuestro país se ha hablado de la cultura nacional en forma trivial o reaccionaria, al punto que resulta vergonzoso contemplar a ciertos radicales convertidos en panegiristas a la manera burguesa de Parreño y Saco, furibundos colonialistas, enemigos encarnizados de la inmensa mayoría de la población de su tiempo, ya que por lo menos el sesenta por ciento de la población era negra y mestiza, en tanto que silencian el nombre de José Antonio Aponte, el primer gran batallador por la nacionalidad sin esclavitud ni coloniaje y de José María Heredia.

Aponte, que preparó una conspiración para barrer con el sistema esclavista y la dominación y sus consejeros letrados, conspiración que de haber triunfado nos hubiera ahorrado casi un siglo de colonialismo y de incultura, su nombre es silenciado: es silenciado en tanto que los maestros y forjadores del sistema esclavista que se esforzaron por todos los medios de apuntar la dominación colonial, son glorificados. Heredia, que participa en una conspiración poco grata a los intelectuales amaestrados, poeta de verdadero acento nacional, y sin la menor relación con el tráfico de esclavos ni los ingenios, también es silenciado. ¡Vaya basura de herencia nacional de los intelectuales colonialistas! Lenin dijo que había que recoger lo producido por la humanidad, recoger la herencia de Goethe, Tolstoi, Moliere, etcétera, pero no lo creado por todos los pequeñitos escritores reaccionarios que existieran en cualquier factoría del mundo. Lenin habla de los creadores, es decir, de los que añaden algo, pero no de cualquier “pelagato” que no añada nada nuevo a la cultura. Y por otra parte. Lenin precisó que en toda cultura nacional había dos tradiciones: una reaccionaria y otra progresista y que era esta última la que debía ser salvada.

Comenzar la historia de los esclavistas en 1868 es un truco muy viejo, tan viejo como la burguesía. Invocando los toques de La Demajagua, la burguesía pretendía convertir en patriotas a los esclavistas del XVIII y de la primera mitad del siglo XIX. Se razonaba de esta manera: si los esclavistas de 1868 fueron progresistas, los del primer tercio del siglo XIX también lo son. Con semejante lógica se pudiera deducir que porque Fidel

Castro es hijo de un terrateniente y revolucionario, todos los hijos de los terratenientes son revolucionarios también.

Sin embargo, no hay por qué descorazonarse por los tantos panegiristas del siglo XIX que por estos días han salido a sustituir a los desaparecidos panegiristas de la burguesía, porque Fidel Castro ha puesto en la picota a los esclavistas que precedieron a Céspedes, al describir la situación del negro en la colonia y recordar los verdaderos orígenes de la riqueza cubana. Las palabras de Fidel sobre el siglo XIX señalan un nuevo camino para la interpretación de la historia. Es cierto que el Primer Ministro no ha enjuiciado en particular a Parreño, Saco, Luz y Caballero, pero el día que lo haga veremos que no meterá en el mismo saco a Céspedes, un liberador, un revolucionario que toma las armas contra el sistema esclavista con los intelectuales amaestrados por el colonialismo español.

ENTRE NOSOTROS impera una concepción libresca en lo que respecta al origen de la cultura nacional. Todo parece indicar que nuestra cultura se encuentra reducida a unos cuantos libros escritos por los ideólogos esclavistas. Un grupo de hombres preeminentes de las clases explotadoras como Arango y Parreño, consejero distinguido del aparato colonial. Luz y Caballero, distinguido esclavista del ingenio “La Luisa”, José Antonio Saco, quien en sus largos años de vida jamás impugnó el sistema esclavista, Agustín Caballero y Domingo del Monte, que tampoco impugnaron la existencia del sistema esclavista, parecen ser los representantes de la naciente cultura cubana.

En primer lugar, es interesante recordar que los libros de estos señores son libros de carácter ideológico e informativo referentes a los intereses económicos de la clase esclavista a que pertenecían. Arango y Parreño redacta informes económicos con vista a aumentar el número de esclavos y mejorar la agricultura esclavista de su época, Este señor viene siendo algo así como el Mañas de la época de la Asociación de Hacendados. Saco es otro “consejero”. Se diferencia de Arango y Parreño en que no es un consejero “dócil”. Saco escribe en el momento en que el sistema esclavista ha entrado en crisis. Desde sus libros aconseja a su clase que no debe aumentar su número de esclavos porque se corre el riesgo de una revolución antiesclavista. Su libro contra los anexionistas no es el libro de un nacionalista, como sus alabarderos han pretendido hacer creer hasta hoy, sino el libro de un ideólogo que ve en la anexión norteamericana un mayor peligro para los intereses de su clase que el que representa la

metrópoli española. De esta él desea reformas, pero jamás la independencia. No se concibe cómo aquel que no está por la independencia de su nación pueda ser un nacionalista. También Luz y Caballero trata de “corregir” el sistema esclavista, aunque por vía filosófica. Sólo Varela puede considerarse como el ideólogo que se sitúa en el terreno de la clase burguesa. Él es un nacionalista, un pionero de la cultura nacional.

Independientemente del carácter ultra-reaccionario de su ideología, cabe preguntarse si los libros de estos consejeros destinados a abrir los ojos a las clases dominantes, en lo que a sus intereses esclavistas se refiere, pueden ser considerados como expresiones culturales y artísticas de un pueblo. ¿Podrá la cultura de los esclavistas ser considerada como la cultura de la Nación? No sería lógico pensarlo así. No sería lógico pensar que los libros escritos por seis o siete personas representan la cultura de una Nación, ni aun en el caso de que los escritores fueran progresistas. Ni aun los libros más progresistas de que pudiéramos tener conocimiento, ni aun El capital de Marx podía representar la cultura alemana. Nadie admitiría que la cultura alemana pudiera ser reducida a Goethe o a Hegel a menos que sea un idealista enfermizo, o que la cultura francesa se pudiera reducir a Desvanes y Voltaire, en virtud de que estos señores son auténticas luminarias dentro de sus culturas respectivas.

Cabría preguntarse entonces: ¿Cómo, si estas inteligencias del pensamiento universal, si estos auténticos representantes de la cultura progresista no son toda la cultura francesa, ni toda la cultura alemana, van a ser los escritores del período colonial de la primera mitad del siglo XIX en Cuba, escritores de limitados méritos intelectuales, los representantes de la cultura nacional? Ni el propio adorador de ídolos, Federico Nietzsche, creyó nunca que la cultura de una Nación estuviera representada por cuatro o cinco figuras. En su *Origen de la tragedia* se advierte por el contrario una concepción colectivista de la cultura.

El marxismo combate aquellas interpretaciones culturales que exponen la cultura de un pueblo a través de cuatro o cinco personas eminentes. Ver las cosas de esta manera significa tener una concepción aristocrática de la cultura, significa negar el papel de las masas como creadora de culturas. Por desgracia, la teoría que ha imperado aquí, en lo que respecta a la llamada cultura nacional, es de matiz idealista. Ni en los países capitalistas los intelectuales burgueses interpretan la cultura nacional de sus respectivos países, a través de cuatro o cinco figuras: tal concepción ha pasado de moda. Sólo en nuestro país el idealismo culturalista mantiene su vigencia, aun en plena Revolución socialista. ¿No se ha hablado en

estos días del rescate de la cultura nacional? ¿No se está hablando de rescatar a cuatro o cinco escritores esclavistas, porque ellos son la cultura nacional? Como el pueblo no escribe mamotretos proesclavistas creen que el pueblo no es productor de cultura.

Para los idealistas, los pueblos que no tienen escritura no tienen cultura, son unos salvajes, pertenecen a la prehistoria. Y como tales pueblos salvajes, todo lo que se diga contra estos pueblos y se haga contra estos pueblos está más que justificado. Las colonizaciones de los comienzos del régimen capitalista se hicieron en nombre de la civilización contra el salvajismo. Y también los imperialistas de hoy tratan de justificar su dominación colonial sobre América, África y Asia, sobre la base de su superioridad cultural. Es lamentable que la concepción colonialista de la cultura mantenga vigencia entre nosotros. ¿Qué pasado hay que rescatar aquí? ¿Los consejos políticos de los panegiristas del sistema esclavista? ¿Será cierto que nuestro inventario cultural está integrado por el conjunto de ideas reaccionarias de Arango y Parreño, José Antonio Saco, Luz y Caballero y Domingo del Monte? ¿Es que estos cuatro o cinco calamucos apegados a la ubre del aparato colonial esclavista constituyen la tradición cultural cubana? ¿Acaso la cultura popular, cuya fuerza reside en la tradición negra, no es tradición cultural?

No tengo ningún inconveniente en dejar a los que quieran repartirse las cenizas de Arango y Parreño, Saco, Luz y Caballero y compañía, que se las repartan. Que se las repartan en nombre de cualquier teoría, menos en nombre de Carlos Marx: tal sacrilegio sería imperdonable. Que se repartan las cenizas del furibundo antinegrista José Antonio Saco, quien vivió unos cuarenta años en Europa, presencié la revolución de 1848 en Francia, revolución en la cual la clase obrera se presenta como tal clase, frente a la dictadura burguesa, revolución de la cual se expresó de una manera tan bobalicona y reaccionaria como Luis XVI diciendo: “yo no sé por qué hay revolución”. Expresión muy normal en Saco, porque también parecía ignorar por qué los esclavos de Cuba se insubordinaban. No le opondré obstáculos a los que quieran repartirse los pensamientos reaccionarios de Luz y Caballero, que además de pensar en forma reaccionaria, cobraba puntualmente los dividendos que le producía el trabajo de sus esclavos en el ingenio “La Luisa”. No tengo el menor interés en participar en el rescate de estos hombres “prominentes”.

Los jóvenes escritores no tienen el menor interés en rescatar a los escritores que durante el colonialismo español estuvieron comprometidos con el peor de los sistemas sociales: “el sistema esclavista”. Y lo

defendieron cuando prácticamente estaba muerto. Por otra parte, ¿será verdad que el imperialismo ocultó a estas eximias figuras? ¿Esta afirmación se ha hecho en serio o es la invención de un bromista? ¿Fueron estos señores tan progresistas en su época que el imperialismo, temiendo su arista “revolucionaria”, trató de ocultarlos durante la etapa de la república burguesa? En verdad que resulta incomprensible que haya alguien hoy, en medio del fermento de nuestra Revolución socialista, que pueda hacer tan peregrina afirmación. La verdad histórica es otra. Nada más útil a la dominación colonial del imperialismo en nuestro país que el pensamiento de los ilustres señores del colonialismo español antes de 1868. Estos señores eran racistas y colonialistas como los imperialistas de hoy día. ¿En qué consistía la discrepancia ideológica para que los imperialistas trataran de ocultar a Parreño, Saco, a Luz y Caballero, etcétera. La verdad histórica es que la burguesía no perdía una sola oportunidad de citar a sus antecesores. En boca de los políticos burgueses, de los profesores de institutos y universidades y de los maestros que repetían los textos de los historiadores burgueses, andaban siempre los nombres de los llamados fundadores de la nacionalidad, y por si todo esto fuera poco, a los “fundadores” se les levantaban monumentos por doquier, y el Estado emitía emisiones de sellos con sus ilustres efigies. Entonces, ¿cómo rescatar a unos señores que siempre estuvieron en la palestra pública, a unos señores que jamás estuvieron sumergidos? Y si el pensamiento de los “fundadores” era tan revolucionario, ¿por qué la burguesía sometida al imperialismo ponía tanto énfasis en que los “fundadores” no fueran olvidados? ¿Invocaban a los “fundadores” en las tribunas y cátedras para que le hicieran daño a sus intereses y a los del imperialismo, o por todo lo contrario? Es decir, ¿por qué su ideología, la ideología de los escritores esclavistas, se encontraba en la base del estado burgués, en la base de la explotación capitalista? ¿Es que acaso la dominación colonial que propugnaban los “fundadores” de la nacionalidad no estaba emparentada con la dominación colonial del imperialismo norteamericano? ¡Por Dios! Que nadie aquí se haga la idea de que la nueva intelectualidad va a poner un grano de arena en el llamado rescate de la cultura nacional, si por cultura nacional se entiende a estos cuatro esclavistas de que hemos venido hablando. Todo el interés que la nueva generación de escritores pueda sentir con respecto a los propagandistas del colonialismo español, es demostrar su falsa cubanía, el carácter de sus pensamientos retrógrados, el espíritu esclavista que se respira en sus libros, etcétera, etcétera. ¿Quién se va a inspirar en el pensamiento de estas cacatúas reaccionarias? ¿Es en

serio lo que se dice, que nosotros tuvimos en el pasado una intelectualidad de las más progresistas? ¡Qué gran bromista!

Los que aquí han inventado la peregrina teoría de que los esclavistas y sus ideólogos son unas buenas gentes progresistas, han cometido el error de identificar a esta clase y sus pensadores con el papel progresista de la burguesía europea. Marx ha dicho en el *Manifiesto*...:

“La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

“Dondequiera que se instauró en el Poder, echó por tierra todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Desganó implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus ‘superiores naturales’, y no dejó en pie más vínculos entre los hombres que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante que no tiene entrañas. Ahogó las emociones piadosas de exaltación religiosa, el ardor caballeresco y el sentimentalismo del buen burgués en el agua helada de sus cálculos egoístas. Redujo la dignidad personal al valor de cambio y sustituyó todas aquellas innúmeras libertades escrituradas y bien adquiridas por una única libertad: la libertad de comercio sin escrúpulos. Sustituyó, en una palabra, un régimen de explotación velado por los cendales de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, seco, de explotación”.

De esta afirmación marxista con respecto a la burguesía europea, se ha deducido que también los hacendados e ideólogos anteriores a la revolución de 1868 jugaban un papel progresista en el camino de la independencia patria. ¡Grave aplicación mecánica! En primer lugar, los hacendados anteriores a la revolución de 1868, no emplean en sus industrias el trabajo asalariado, sino esclavos a quienes no les pagan un solo centavo por su trabajo. En segundo lugar los hacendados de este período son clase dominante dentro del sistema colonial esclavista, que dicho sea de paso, no es la situación de la burguesía francesa antes de la revolución de 1789. En Cuba toda la economía de la Isla estaba en manos del instrumento más activo del sistema colonial: los hacendados. El aparato colonial protege sus intereses. Esclavo que entrara en rebeldía contra el explotador esclavista, esclavo que era perseguido por los órganos de represión del aparato colonial. Los esclavistas jamás fueron clase explotada por la dominación colonial, como decían ellos mismos en su tiempo y como repitieron después los historiadores burgueses. ¿Acaso es esta la situación de la burguesía francesa antes de la revolución de 1789? De ninguna manera. La burguesía francesa es clase burguesa de verdad.

Los industriales de Nantes y Lyon viven de la explotación del trabajo asalariado. Voltaire era un rico comerciante, un gran especulador, pero no un esclavista.

De manera que atribuirle un papel progresista a los ideólogos anteriores a 1868, por el hecho de que los ideólogos franceses de antes de la revolución de 1789 jugaron un papel progresista, es como tratar de injertar una mata de coco en una de aguacate. Unos y otros representan clases sociales distintas, viven en países que tienen una estructura económica distinta y, por consiguiente, tienen un comportamiento político distinto también.



Capítulo IV

¿Cómo se formó la cultura nacional?

POR LO MENOS hasta 1830 existían en la Cuba colonial dos poblaciones, cada una con sus respectivas culturas: una africana y otra española.

Los españoles eran funcionarios coloniales, terratenientes, comerciantes, pequeños propietarios, campesinos y *lumpen*. La población española estaba dividida por clases sociales, pero estaba unida por las tradiciones culturales de la península.

Los africanos ni siquiera estaban divididos por las clases sociales, pertenecían a una misma clase: la de los esclavos. Es verdad que en el período colonial existieron los llamados negros libres, pero en realidad su situación social distaba muy poco de la situación de los esclavos. La solidaridad social entre los negros no sólo tenía por base la condición social sino además, la común historia dantesca del tráfico negrero.

Cada una de estas poblaciones estaba enemistada, como si se tratara de dos pueblos en guerra. Esta situación de tirantez entre españoles y africanos tenía su lógica, pues unos eran libres y otros esclavos. Ni el más pobre de los españoles se consideraba igual a un africano.

Los africanos de Cuba eran gentes que habían vivido una experiencia social y natural en África, experiencia de la que estaba nutrida su conciencia. Los españoles también habían vivido la mayor parte de su experiencia dentro del mundo natural y cultural de España. Las experiencias de cada uno de estos pueblos eran distintas, en virtud de que el medio geográfico no era el mismo ni tampoco los sistemas sociales, ni las tradiciones culturales.

Sus reflejos y sus formas de pensamiento estaban determinados por las relaciones de producción de África. En primer lugar, por la propiedad tribal que como dice Marx en *La ideología alemana* es la primera forma de propiedad. Su formación mental estaba condicionada también por el medio natural africano. Con respecto al medio natural Marx dice en *la Ideología...* que tiene una influencia en la formación psíquica de los hombres:

...la condición primera de toda historia humana es naturalmente la existencia de los seres vivos. El primer estado de hecho a comprobar después es pues la complejión corporal de los individuos y las relaciones que se crean con respecto a la naturaleza. Nosotros no podemos hacer aquí un estudio profundo de la constitución psíquica del hombre en sí mismo, ni de las condiciones naturales que los hombres han encontrado, geológicas, orográficas, hidrográficas, climatéricas y otras. Toda la historia debe partir de estas bases naturales y de sus modificaciones por la acción de los hombres en el curso de la historia.

Desde luego, también influyó en la formación psicológica de los africanos el caudal de experiencia de las generaciones de los pueblos. “El factor esencial que ha ejercido una inmensa influencia sobre el desarrollo del hombre en su conjunto incluyendo su pensamiento, ha sido la experiencia acumulada por una generación, transmitida por vías multiformes a las generaciones siguientes”. (A Spirikine: Formación de la Pensée. *Recherches Soviétiques Philosophie*. Cahier 1, 1959.)

También, los españoles que llegaron a Cuba habían adquirido su formación psicológica, determinada por el medio geográfico, las relaciones de producción y los conocimientos aportados por las generaciones en la tierra donde habían nacido. La forma y contenido de su pensamiento seguían los lineamientos trazados por sus experiencias:

La producción de las ideas, de las representaciones y de la conciencia está en primer lugar íntimamente ligada a la actividad material y al comercio de los hombres, ella es el lenguaje de la vida real. Las representaciones, el pensamiento, el comercio intelectual de los hombres aparece aquí todavía como la emanación directa de m comportamiento material. La producción intelectual tal como se presenta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral de la religión, de la metafísica de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, pero los hombres, actuando tal como son condicionados por el desarrollo determinado por las fuerzas productivas y las relaciones que le corresponden. La conciencia no puede ser jamás otra cosa que el ser consciente, el ser de los hombres es el proceso de la vida real (Ideología alemana).

Como dijimos ya, nuestros africanos habían vivido una larga experiencia natural y social en África, de la que estaba nutrida su concien-

cia. Su mente y sus formas de pensamiento, estaban determinadas por el caudal de experiencias de las generaciones que le precedieron y por la técnica de sus organizaciones sociales. Su experiencia generacional se traducía en música, en escultura, en teatro, en religión y técnicas de trabajo. Es precisamente su experiencia generacional de siglos que va a quedar arruinado en su mayor parte al injertárselo dentro de las condiciones esclavistas de Cuba.

Estas citas de Marx y estos razonamientos nos resultan útiles para comprender por qué los españoles y africanos que vivían en Cuba eran dos poblaciones de características distintas, a virtud de la geografía, experiencias y relaciones de producción. Pues bien, como el africano y el español que poblaron nuestra tierra, habían vivido en paisajes distintos, en mundos apartes, en mundos de experiencias generacionales sin conexión, se deduce que la mentalidad española no tiene ninguna relación de parentesco con la mentalidad africana. Añádase que los españoles que vivían en Cuba gozaban de libertad y que el africano era un enclave y entonces se comprenderá mejor el por qué de nuestra afirmación de que en la Cuba de los primeros cincuenta años del siglo XIX vivían dos pueblos distintos, con sus características propias.

¿Nuestra cultura nació de algo...? Desde luego. De las vivientes española y africana dentro del sistema colonial.

¿Saco y Varela nacieron de algo...? Desde luego: de la cultura española. Escribían en excelente español y la lógica interna de sus escritos se encontraba a la altura de la lógica interna de la cultura española. Un pueblo tiene que haber vivido muchos siglos para crear una cultura en cuyo seno aparezcan escritores de la calidad intelectual y elegancia en el lenguaje de hombres como Saco y Del Monte. Nadie que enjuicie los problemas de la cultura con alguna seriedad sería capaz de afirmar que un pueblo, a los dos siglos y medio de existencia, sea capaz de alcanzar por sus propios esfuerzos el desarrollo intelectual que tuvo el siglo XIX en Cuba. Si en el siglo XIX existe una alta cultura en nuestro país es porque la alta cultura colonial no es nuestra, es decir, no ha sido producida aquí de una manera auténtica, sino que es un equivalente de la alta cultura española. Para que Inglaterra, Francia, Alemania o Rusia alcanzaran el desarrollo intelectual que existía durante el siglo XIX en Cuba, necesitaron muchos siglos de proceso creativo. Cómo pues, iba nuestro pueblo a requerir sólo dos siglos y medio para alcanzar el nivel intelectual del siglo XIX cuando otros para alcanzar este mismo nivel han necesitado de siglos, a menos que nosotros seamos más inteligentes que todos los

demás pueblos. Mas, como no existe ninguna base para tan peregrina afirmación hay que deducir, que si el siglo XIX es como es, si en el aparecen escritores del alto nivel intelectual de Saco, Varela o Del Monte, es debido a que estos señores y esta cultura no son otra cosa que la propia expresión o manifestación de la cultura española.

¿Bajo qué factores españoles y africanos se despojaron de su formación psíquica y cultural en Cuba? ¿Bajo qué factores adquirieron una nueva formación psíquica y cultural como para poder calificarlos de cubanos? Esta pregunta hay que plantearse y resolverla adecuadamente para comprender cómo se formó la Nación y la cultura nacional, y para saber qué es auténticamente nacional y qué no es. Las invocaciones patrióticas de los historiadores burgueses todavía al uso, han arrojado muy poca luz sobre estos temas. Y si los revolucionarios de la nueva generación desean resolver adecuadamente los problemas de la formación de la Nación y de la cultura nacional deberán evitar el camino trillado.

Deben comenzar por hacer un estudio de las relaciones sociales esclavistas desde el siglo XVI hasta finales del XIX, del carácter de la lucha de clases. Haciendo uso del vocabulario patriótico nada se adelanta. Los problemas de la aparición del tipo cubano, de la formación de la Nación cubana y de la cultura nacional, tienen que ser explicados a la luz de las relaciones económicas dentro de las cuales estaban insertadas la población española y africana. “La producción de las ideas, de las representaciones y de la conciencia, están íntimamente ligadas a la actividad material y al comercio material de los hombres, son el lenguaje de la vida real. La representación del pensamiento, el comercio intelectual de los hombres aparece aquí como emanación directa de su comportamiento material”. (Marx: *Ideología alemana*).

Por otra parte, ni la Nación ni la cultura nacional son exactamente las clases sociales, son un producto. De esto se deduce que el problema de la formación de una nación y su cultura nacional requiere un análisis que va más allá del puro análisis de las condiciones materiales de una sociedad y sus conflictos clasistas. Y en el caso de Cuba las cuestiones se complican porque en el siglo XIX, y en los anteriores también, no sólo estaban en conflicto las clases fundamentales: esclavos y esclavistas, sino también la formación psíquica y cultural de la población española y africana.

Todo lo que separaba a los terratenientes esclavistas de la metrópoli era el problema económico-político, no el cultural. Nunca se oyó decir a los “criollos” de la colonia que luchaban por defender su cultura. Todo lo que elaboraron los criollos, en este aspecto, fue una poesía española de

acento patriótico cubano. Y no digo si crearon algo diferente, en lo que se refiere a la escultura, la música, el teatro, porque estas manifestaciones tenían poco valor. Era la misma cultura española degenerada, empobrecida por el sistema colonial. Sin embargo, de esto no hay que deducir que el conflicto económico-político entre los terratenientes esclavistas y la metrópoli no contribuyera también a la formación de la cultura nacional. Ya hemos dicho que la mayor contribución a la formación de la cultura nacional es la propia Guerra de los Diez Años, la cual estuvo bajo la dirección de los terratenientes esclavistas. Ahora bien, en lo que se refiere a la creación de una cultura distinta de la española y la africana, las cosas se suceden de otro modo: son el conflicto enclavo-esclavista y el conflicto de sus respectivas culturas los que más contribuyen a la formación del acervo nacional.

El conflicto negro-“criollo”, estaba llamado a producir resultados más halagüños, en cuanto a la formación de la cultura nacional, que la rivalidad criolla-española. Más halagüño y más trágico al mismo tiempo porque en medio de esta lucha clasista, de las mezclas raciales, las culturas española y africana de Cuba se debilitaron y empobrecieron. La llamada cultura “criolla” conoce su esplendor hacia 1830: Varela, Saco, José de la Luz y Caballero, Del Monte. Después todo es un lento declinar. La razón esencial de la decadencia de esta cultura es el sistema colonial. La dialéctica negro “criollo” es más interesante, desde todos los puntos de vista, porque en el seno de esta dialéctica estaban contenidos los elementos realmente contradictorios de la sociedad colonial. No sólo porque esclavos y esclavistas eran los agentes principales del devenir histórico, sino porque sus culturas se encontraban en abierta pugna en virtud de que sus valores constitutivos procedían de culturas diferentes.

La lengua española de la población blanca, ¿en qué podía pugnar con la lengua de los peninsulares? ¿Es que acaso el catolicismo de los funcionarios coloniales iba a oponerse al catolicismo de la población “criolla”? El conflicto entre la cultura de los “criollos” y de la metrópoli era de cierta manera ilógico. La situación del criollo nada tiene de parecida, culturalmente La lengua española de la población blanca, ¿en qué podía pugnar con la lengua de los peninsulares? ¿Es que acaso el catolicismo de los funcionarios coloniales iba a oponerse al catolicismo de la población “criolla”? El conflicto entre la cultura de los “criollos” y de la metrópoli era de cierta manera ilógico. La situación del criollo nada tiene de parecida, culturalmente hablando, con la del pueblo argelino que tiene una religión, una lengua, un conjunto de hábitos y costumbres, distintos de

la cultura del colonialista francés. Eran los africanos de Cuba la única población que se encontraba en situación similar a la de los argelinos de hoy. Los africanos de Cuba hablaban dialectos propios, tenían religiones, música, hábitos, costumbres y una concepción del mundo diferente de la población blanca colonizadora. El conflicto entre la población española y africana, era pues, inevitable, no sólo el conflicto de clase: sino también el de la cultura.

LA PRUEBA de que los conflictos de la época del colonialismo español no eran sólo de carácter económico y político es que, después del cese de la dominación española, los hábitos y costumbres musicales y religiosos de la población blanca y negra continuaron su pugna. Durante la república la cultura negro-africana y la cultura española continuaron su lucha. El conflicto dialéctico entre la cultura española y la cultura africana en Cuba ha terminado por una victoria de la música negra frente a la música de los antiguos colonizadores, por una victoria incluso de la psicología colectiva del negro frente a la psicología social española. Y veremos también que los negros fueron derrotados en muchas de sus manifestaciones culturales. Sus dialectos desaparecieron, la fuerza de sus religiones fue disminuida y su antigua organización familiar se extinguió.

La pugna entre la cultura negra y española dio la sensación aparente en estos últimos años de haber terminado, porque ambas culturas se encontraron, inesperadamente, sometidas a la presión de la cultura norteamericana y de otros países. La interdependencia entre las naciones, el sometimiento de unas naciones a otras producidos por el fenómeno del imperialismo, trajo como resultado, entre muchos otros la internacionalización de las culturas. Particularmente los países coloniales y semicoloniales son los que han sufrido en mayor grado los efectos de la internacionalización. Ya no fue posible el nacionalismo cultural desde el nacimiento del imperialismo, a la manera de los nacionalismos culturales de Europa, de los siglos XVI al XIX. Cuando se produjo nuestra independencia, los tiempos de las economías y culturas cerradas habían terminado. Ya Marx decía en el *Manifiesto comunista*:

Hoy en vez de aquel aislamiento local y nacional donde cada uno se bastaba a sí mismo, las relaciones son universales y la interdependencia de las naciones es universal. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espiri-

tuales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. La estrechez y el exclusivismo nacionales van haciéndose cada vez más imposibles. y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.

Colonizados por Norteamérica e influidos por otras culturas, viviendo dentro de la atmósfera de internacionalización señalada por el *Manifiesto...*, se constata que la cultura cubana va rigiéndose cada vez menos por un solo patrón, es decir por el patrón español. Esto es evidente particularmente a partir de 1936, en que el llamado grupo Orígenes se refugia en Valery y Mallarmé, los pintores siguen la moda de París y Nueva York: la propia música negra sufre el contagio de la música norteamericana, no de la música imperialista porque los imperialistas no tienen música, sino de la música negra norteamericana.

Nosotros éramos un pueblo abierto a las influencias de las culturas extranjeras, no sólo en virtud del carácter semicolonial de nuestra economía, sino además a virtud de la endeblez de nuestra cultura nacional. Arrancarnos con culturas prestadas, de España y África, que originalmente no elaboramos y esto significaba una gran desventaja. El lenguaje, el más importante medio de comunicación cultural, no fue elaborado por nuestro pueblo a través de un proceso histórico, es decir a la manera como franceses, ingleses, árabes, nigerianos y senegaleses elaboraron el suyo. La música negra no fue creada aquí, sino que fue traída por pueblos importados de otros centros culturales. Y como no vivimos un largo proceso de auténtica creación cultural, a la manera de las culturas árabes, chinas, indias, africanas y europeas, en que cada pueblo creó su propia lengua, su propia música, su propia pintura y escultura, diferente cada una en su concepción, cada una con su unidad de estilo, que al fin y al cabo es lo que caracteriza a toda cultura auténtica, éramos pues susceptibles de ser penetrados, dada nuestra endeblez cultural, con mayor facilidad que las culturas de otros países.

Por ejemplo nosotros tenemos un mayor desarrollo económico que cualquier pueblo de África, bien sea árabe o negro. Sin embargo, la cultura de cualquier pueblo de África tiene mejores condiciones para resistir a las influencias de las culturas metropolitanas de Londres, París, Nueva York, Berlín, Roma, que la nuestra. ¿Por qué? Porque en África negra y árabe existen estructuras sociales que datan de siglos, que son columnas protectoras de sus culturas y ofrecen una seria resistencia a toda influencia extranjera. Es que la cultura árabe y la cultura negra son auténticas

culturas, culturas originales que han ido desarrollándose a través de los siglos. Son culturas pensadas, no prestadas como la nuestra.

LA CUBANA fue creada a partir de préstamos culturales de España y África. Para mayor desgracia, comenzó a crearse en plena etapa colonialista y el colonialismo es enemigo de la cultura. Es que a pesar de nuestra debilidad de origen, ¿podía haberse creado una cultura con fisonomía original en pleno colonialismo español o norteamericano? El colonialismo es capaz de destruir la cultura de los pueblos que la han elaborado durante siglos: no es muy lógico pensar pues que en aquellos países donde no existía una cultura propia antes del establecimiento del sistema favoreciera la creación de una cultura auténtica. Es nuestro caso. Imaginar que durante el colonialismo español, y luego bajo la república de los monopolios, se creó una verdadera cultura nacional, tan auténtica como la nigeriana, francesa, árabe italiana o inglesa, es decir, de su originalidad y unidad de estilo, equivale a soñar más allá del horizonte humano.

La cultura nigeriana se diferencia de manera radical de la inglesa de cualquier época la cultura árabe de cualquier país de África del Norte se diferencia también de la francesa o italiana, no obstante que el África del Norte ha sido objeto de larga dominación imperial. Para que las culturas sean auténticas, originales, es requisito indispensable que se diferencien. Si la cultura argelina fuese igual que la francesa, si sus contenidos fuesen idénticos, entonces, una de las dos no sería tal. A la luz de estos principios cabe preguntarse si nuestro pueblo ha creado una auténtica cultura. ¿Somos radicalmente diferentes de África o de España...? No, en nuestra cultura hay más de español y de africano que de auténticamente nuestro. Aun en la música, lo más logrado en la cultura nacional cubana, el aporte africano supera a lo que le hemos añadido. Desde luego que existen elementos nuevos en la música y en la poesía, y la psicología social que no existía en la cultura española y africana, y es en razón de la aparición de nuevos elementos culturales que se dice que hay una cultura nacional. Pero es una cultura nacional en estado embrionario, que está muy lejos de ser una auténtica cultura.

Para elevarse a la comprensión de cómo se formó nuestra cultura nacional hay que conocer en primer término los contenidos de las que le dieron origen. Hay que estudiar principalmente el contenido de las culturas africanas que aquí echaron raíces, por ser el más popular, por ser el de las masas más explotadas. Es conveniente hacer notar aquí que los que

hablan de la formación de la cultura nacional, sólo se refieren a la española, es decir, la toman como la sola base sobre la cual espigó la nuestra. Tienen una concepción libresca de la cultura nacional. Sin el conocimiento de las particularidades de las culturas africanas que nos influyeron, no es posible comprender el proceso de formación de la nacional. Por otra parte no es aconsejable aplicar al pie de la letra el enfoque que hace el *Manifiesto comunista* sobre el papel progresista de la burguesía, a las condiciones que reinaban en Cuba antes de 1868. No es aconsejable, porque la burguesía no existía entonces como clase dirigente en la economía del país. Son los grandes propietarios esclavistas los líderes del sistema económico. No hay por qué confundir a los burgueses, gentes que viven de la explotación del trabajo asalariado, con los esclavistas, es decir, con gentes que no paga un solo centavo a sus trabajadores porque son sus esclavos. Si razonamos de esta manera: la burguesía es la clase progresista que quiere liberar al país de la dominación extranjera, y deducimos de esto que su cultura es progresista, nos encontraremos enteramente perdidos. Todas las deducciones que hagamos sobre esta base serían erróneas, porque durante este período tal burguesía es inexistente. Además, la tesis de Marx sobre el papel progresista de la burguesía europea, desde el punto de vista cultural no es aplicable a Cuba, porque Marx se refiere a una Europa cuyo trasfondo cultural es idéntico, tiene por base de inspiración la cultura greco-latina: en tanto que, en la Cuba colonial existen dos culturas que no tienen la menor relación entre sí. África nada tiene que ver con Occidente.

Hay que tener una comprensión clara de la historia colonial para comprender el proceso de formación de nuestra cultura nacional, de nuestra conciencia nacional y de la Nación misma, proceso que es el producto de la lucha de clases, de la ruptura del equilibrio tradicional. El análisis del conflicto cultural es también de una importancia capital para la comprensión de todos los procesos que condujeron a la formación de la cultura nacional. Durante largos años los negros y los blancos permanecieron enemistados. Los negros se resistían a dejarse asimilar por la cultura de la clase dominante, y también la población blanca evitaba todo posible contagio de la población negra, pues tildaba sus manifestaciones culturales de salvajes. La lucha de clases y el conflicto entre las dos actitudes, son el padre de la cultura nacional cubana.

Siguiendo a Marx y Lenin, afirmamos que el factor esencial aparición del tipo cubano, de la Nación y de la cultura nacional, fue la lucha de entre esclavos y esclavistas. Pero también el conflicto dialéctico entre

la formación psíquica del español y el africano, entre su cultura y su historia pasada, lucha que terminó por una autodestrucción de su pasado jugaron importantísimo papel en todos estos problemas. Dedicamos especial atención al conflicto culturalista, es decir, al conflicto entre la cultura española y africana de Cuba, conflicto que como hemos dicho tiene por base la lucha de clase no veo cómo introducirse en el tema de la formación de la cultura nacional si no se empieza por reconocer que antes de la cubana, existiera dos culturas que le precedieron, dos culturas que eran extranjeras, puesto que ningún cubano la había creado, y que estas culturas en virtud de pertenecer una a la población libre y otra a la población esclava entraron en conflicto, del que nació la cultura nacional. Y por último, no hay por qué confundir las polémicas de tipo político entre los distintos bandos de esclavistas, con los problemas de la cultura nacional. No creo que nadie pretenda rescatar el contenido ideológico de esta polémica en la cual un bando se alema al colonialismo español y el otro se esfuerza por hacer entrar a nuestro país bajo el colonialismo yanqui. Estas dos posiciones colonialistas son enemigas del hecho nacional: combate el movimiento antiesclavista, no sólo el dirigido por los esclavos y los negros libres como Aponte, sino que son enemigos además de las conspiraciones heredadas por los burgueses liberales, como la llamada de “Rayos y Soles de Bolívar”, en la que estuviera comprometido el poeta José María Heredia. Reformistas y anexionistas, o sea, los colonialistas a la española y a la norteamericana, son enemigos de todo movimiento revolucionario que ponga en peligro el sistema esclavista y en consecuencia frenan el desarrollo de la Nación y la cultura nacional.



Capítulo V

El problema de la conciencia nacional

HAGAMOS OTRAS consideraciones antes de entrar en el tema de la Cultura Nacional.

La teoría acerca del papel progresista de las clases enriquecidas ha creado muchas confusiones, particularmente en lo que respecta al problema de los orígenes y desarrollo de la conciencia nacional. Los historiadores burgueses afirman que los terratenientes esclavistas y sus ideólogos fueron entre los grupos sociales que existían en la época colonial, los primeros en adquirir conciencia nacional. Esto lo han afirmado los historiadores, los políticos y los profesores burgueses, y todo el mundo les ha creído. ¿Por qué todo el mundo ha creído esta mentira? Porque entre otras razones, el Diez de Octubre de 1868 los esclavistas inesperadamente irrumpen como los protagonistas de la Nación. Como el Diez de Octubre es una página que habla en favor de los esclavistas se deduce de, aquí que toda su historia pasada es una historia limpia, es decir, que siempre se encontraron a la vanguardia de los acontecimientos. ¡Que falsa deducción! Justamente los esclavistas estuvieron siempre a la retaguardia. Eran quienes tenían el dinero, los esclavos, y dar un paso hacia adelante significaba poner en peligro el dinero y los esclavos. Quienes estuvieron a la vanguardia fueron los esclavos que lo único que podían perder eran las cadenas.

Pero cómo ha de ser cierto que los azucareros fueron los abanderados del nacionalismo en la etapa anterior a 1868, si entre 1800 y 1868 fueron, junto a los comerciantes, los instrumentos más activos del colonialismo español?

Y a la luz de su posición de retranca de la historia debemos preguntarnos si no serían los hacendados los últimos en tomar conciencia de la Nación, a pesar de que aparecen como los directores de la revolución de 1868. ¿Contradictorio verdad? La contradicción es la esencia misma de la Historia.

ES SABIDO que a partir de 1800 los azucareros se convierten en los verdaderos dueños del país. Controlan la mayor parte de las tiernas laborables y poseen la mayoría de los esclavos. Coincidiendo con el inicio del siglo los azucareros se apoderan de la administración colonial. Las decisiones metropolitanas son dictadas en su interés. Incluso otros grupos de explotadores directos son sacrificados cuando sus intereses chocan con los intereses de los hacendados. La influencia de los hacendados criollos esclavistas en los organismos metropolitanos es poderosa: más influyentes sólo eran los comerciantes importadores. Arango y Parreño, vocero de los hacendados, es elevado a Consejero de Indias. La monarquía prodiga condecoraciones y títulos de nobleza a los hacendados esclavistas. Condecoraciones que sirven también para probar que se les consideraba como miembros del sistema colonial. ¡Perdón, a menos que algún partidario de la teoría del esclavista progresista imagine que a los esclavistas le otorgaban títulos de nobleza y condecoraciones por su firme cubanía y su espíritu revolucionario!

Pues bien, la gran concentración de esclavos de la primera mitad del siglo XIX tiene lugar en virtud de las peticiones formuladas por los hacendados. Son ellos quienes explotan el trabajo esclavista. El capital que atesoran como producto de la explotación de la fuerza de trabajo de miles de esclavos, convierte a los hacendados en verdaderos potentados. El hacendado es, pues, el explotador directo de la fuerza de trabajo de los esclavos y en consecuencia *el primer instrumento del colonialismo español*. De lo que se deduce también que la contrarréplica del colonialismo no es otro que el esclavo. Como los esclavos eran la fuerza motriz de la economía se convierten en la fuerza más revolucionaria de la sociedad colonial, en tanto que los azucareros eran una clase reaccionaria.

Por intercambio de los azucareros, ganaderos, tabacaleros, cafetaleros, de todos los sectores en que estaba dividida la familia esclavista, la metrópoli extrae de la colonia de Cuba un verdadero río de oro. El despojo del trabajo de los esclavos constituye la fuente de todas las riquezas de la época.

El capital que obtienen los esclavistas azucareros y cafetaleros tienen que compartirlo con los comerciantes en pago de artículos de consumo, instrumentos agrícolas y de fabricación, y otra parte se la embolsa la monarquía.

No todo el dinero pagado por los grandes propietarios por concepto de impuestos va a nutrir las arcas del tesoro español. La monarquía le devolvía parte de ese dinero a los propietarios, en servicios. La administración

colonial, compuesta de capitanes generales, funcionarios, ejército, etcétera, estaba por entero al servicio de los grandes propietarios esclavistas. Los hacendados esclavistas se servían de las fuerzas militares coloniales para aplastar las sublevaciones de los esclavos. Hecho que prueba elocuentemente que el ejército colonial no sólo servía para defender la colonia frente a las amenazas de las potencias extranjeras, sino particularmente para garantizar el status esclavista.

Los esclavos forman parte del “capital” de los hacendados. Lo cual quiere decir que cuando el ejército colonial les reintegraba los esclavos que huían, el ejército colonial estaba realizando una especie de cirugía monetaria a favor del hacendado, pues le “estabilizaba” su moneda llamada, esclavo. El hecho de que los negros esclavos fueran en sí capital, explica el porqué eran perseguidos con tanta saña, ya que la huida de estos esclavos representaba una fuga de dinero de las arcas de los “hacendados”. Uno de los momentos más felices de los hacendados debió de ser aquel en que los rancheros, cazadores de esclavos, le devolvían, enyugadas, una fila de negros que habían huido. El hacendado debía exclamar: ¡qué capital ha vuelto a mis manos!

Pues bien, a la luz de estas realidades históricas, lo lógico hubiese sido llegar a la conclusión de que ni los hacendados prácticos, ni los hacendados “ideólogos” como Parreño o Luz y Caballero, no podían haber sido jamás la vanguardia del nacionalismo cubano. Si alguien sirvió de freno al nacionalismo fueron precisamente los terratenientes esclavistas. La Nación, la independencia, significaban el fin de su sistema, y así lo comprendían ellos perfectamente.

Los historiadores no se han valido de este esquema real para investigar los orígenes y desarrollo de la conciencia nacional ni de la cultura nacional. ¿Qué esquema han utilizado? Aquel que toma, como eje de las contradicciones fundamentales de la sociedad, las contradicciones existentes entre la monarquía española y los “criollos” esclavistas. El historiador exagera hasta el infinito el mérito de las contradicciones que tienen lugar entre 1800 a 1850. Olvida que durante este período los criollos son los instrumentos más activos del colonialismo español puesto que son los explotadores directos del trabajo esclavo; y por otra parte, reducen prácticamente a la nada los antagonismos entre esclavos y esclavistas que constituyen, dicho sea de paso, el eje de todas las contradicciones de la sociedad colonial. Mediante el falseado esquema, la conciencia nacional aparece como un fruto desgajado por las fricciones entre la monarquía y sus propios instrumentos coloniales, los esclavistas criollos.

En Europa la cuestión de la conciencia nacional es considerada un tema difícil sobre el que se escriben libros y se polemiza. Nadie se atrevería a afirmar entre los especialistas franceses, por ejemplo que esta cuestión de la formación de la conciencia nacional ha sido resuelta. ¡Sin embargo, aquí esta cuestión es una bicoca, se le despacha con cuatro o cinco frases categóricas!

Pero ilustremos en detalle el esquema del historiador mediante el cual descubre el origen y desarrollo de la conciencia nacional cubana:

Primer paso: El historiador se pone de acuerdo con su propia conciencia. Conoce apriorísticamente cuál es la clase social que el destino ha reservado para los impulsos patrióticos. ¿Quiénes son estas gentes?: Los esclavistas. El grupito que en la sociedad colonial dominaba la economía. Frente al grupito de esclavistas se encuentran miles y miles de esclavos y de hombres libres, sin cualidades para sentir el patriotismo por sí mismos nada menos que la inmensa mayoría de la población.

Segundo paso: Una vez que el historiador ha realizado apriorísticamente su elección, procede entonces a constatar los momentos en que los intereses de los grandes terratenientes esclavistas entran en pugna con los intereses de los comerciantes y la metrópoli.

Como los intereses de la inmensa mayoría de la población colonial, formada por esclavos y hombres libres sin esclavos, no se encuentran en contradicción con los de los comerciantes y la metrópoli española, según se deduce del esquema del historiador —referido a la contradicción de intereses— y como, además, la inmensa mayoría de la población no es oída por los capitanes generales ni por el Rey, ni por las cortes, hay que concluir que: o bien la población colonial no es nacionalista ni tiene conciencia nacional, o bien refleja simplemente la conciencia “nacionalista” de las “clases ilustradas”.

Tenemos, pues, que el “criollo”, o dicho de otra manera, el terrateniente esclavista es, según el esquema del historiador, el padre del nacionalismo. ¿Qué hay de la contradicción fundamental de la sociedad colonial: esclavo-esclavista? ¡Tonterías!

Los antagonismos que produce esta contradicción fundamental no interesan. Partiendo de las contradicciones secundarias, el historiador no tiene más que constatar los factores económicos y políticos de la metrópoli y los terratenientes esclavistas. El resultado de esta oposición da lugar al nacimiento de la conciencia nacional y la cultura. Todo esto es muy divertido, ¿verdad?

He aquí otra variante divertidísima que trata de explicar el origen de la conciencia nacional: un buen día: los intereses contradictorios hacen crisis, al punto de que hasta los intelectuales se revuelven en sus cátedras del Colegio San Carlos. Deciden modelar con finura de artistas la conciencia indiferenciada de sus alumnos y hacer de ellos buenos cubanos revolucionarios. ¿Qué quiere decir esto? Que en el campo intelectual los maestros han preparado la revolución de 1868. Así como los enciclopedistas “prepararon” la revolución francesa, del mismo modo los ideólogos esclavistas han preparado la revolución cubana. Curioso, ¿verdad?

En fin, se deduce de cualquiera de los mamotretos históricos que por ahí circulan, que los terratenientes esclavistas trabajan hasta la fatiga en el Ayuntamiento de La Habana, en el Consulado, en la Sociedad Económica de Amigos del País, en el palacio del acaudalado Aldama: viajan a España y a los Estados Unidos: elaboran proyectos anexionistas y reformistas y gracias a tan agobiante actividad, la conciencia y la cultura nacional aparece.

Otro ejemplo de cómo se formó la conciencia nacional: en 1837 la monarquía deja sin representación a las cortes a la ilustre clase de los terratenientes esclavistas: entonces se producen gritos y protestas. Los “criollos” gritan espantados ante el “terror” implantado por Tacón. ¿Se espantaron alguna vez del terror impuesto por ellos mismos contra los esclavos?

Otro ejemplo sobre el mismo tema: O'Donnell mezcla a la Luz y Caballero y a Domingo del Monte en la conspiración de negros de 1844. Luz se ofende porque le llaman conspirador y al rechazar la ofensa escribe una de las páginas más hidalgas de la historia de Cuba. La cubanía, en el proceso de La Escalera, vistió sus mejores galas. ¡Que cinismo! Pero en fin, los resultados de la hidalga actitud de Luz no se hicieron esperar: en 1847 se funda el club de La Habana; Aldama deviene el eje de todas las intrigas conspirativas que se tejen en el club. Conspirador audaz, celebra reuniones secretas entre los muros de su palacio y junto a sus amigos decide incorporar la isla a la Unión Norteamericana. La mejor garantía para conservar el orden esclavista. La prueba de la sagacidad patriótica de Aldama está en el hecho de no haber tenido inconveniente en asociar sus actividades con las de Cisneros Betancourt quien desde Nueva York y a través de su “comité” había realizado una labor encomiástica.

Por otra parte, el general norteamericano William J. Wright, acepta invadir la isla mediante el pago de tres millones de dólares. ¡Qué júbilo! Los terratenientes de California, Nueva México y Texas han aceptado

incorporar a Cuba a la Unión Norteamericana. ¿No es Cuba la mejor base para extenderse a América del Sur y una vía hacia Panamá, puerta del Pacífico, para dirigirse hacia China?

Siguiendo también paso a paso la línea de los contradictorios, nos encontramos a los conspiradores Ramón Pintó, Armenteros y Narciso López.

¿QUÉ TENDRÁ que ver la conciencia nacional con el colonialismo de los reformistas y los anexionistas? ¿Qué tendrá que ver su deseo de ser ciudadanos de un país extranjero? ¿Qué tendrán que ver todas estas corrientes políticas de los terratenientes esclavistas con el sentimiento nacional? No es por azar que los reformistas ni los anexionistas encontraron eco en la población de Cuba. No sólo no encontraron eco entre los esclavos ni los negros libres, sino que tampoco fueron respaldados por la población blanca no esclavista. Ni Ramón Pintó ni Armenteros, en sus intentos de sublevar la isla, encontraron apoyo del campesinado ni de los hombres de la ciudad. La población blanca no esclavista no estaba dispuesta a cambiar sus tradiciones culturales, su lengua y su religión para complacer a los “criollos”.

Gracias a que la política de los grandes propietarios se encontraba en abierta contradicción con los intereses de la mayoría de la población, fue que España pudo conservar la colonia de Cuba, y al mismo tiempo hacer fracasar los planes anexionistas y reformistas. España fue expulsada de América del Sur, desde principios de siglo, y sin embargo, conservó la colonia de Cuba hasta los finales del siglo gracias a que la política reaccionaria de los criollos contribuía a reforzar su dominación.

La nueva historia de Cuba no podrá aceptar de ninguna manera la concepción de los historiadores burgueses que, partiendo de las contradicciones secundarias de la sociedad colonial, nos dan una interpretación falseada del nacimiento de nuestra revolución, del nacimiento de la conciencia nacional y de la cultura nacional. Quien tome a las contradicciones secundarias como principal, jamás escribirá la nueva historia.

Ya hemos dicho que no todo tipo de contradicción produce resultados positivos para un país. Las actividades anexionistas de Miguel de Tolón, Aldama, José Alfonso, Goicuría, un producto de las contradicciones secundarias, no pueden ser consideradas de ninguna manera como expresión de conciencia nacional. Por el contrario, estas actividades prueban que los “criollos” de antes de 1868 estaban completamente desprovistos

de sentimiento nacional. Tampoco el antianexionismo de Saco revela sentimiento nacional alguno. No hay por qué confundir la muy desarrollada conciencia de los “criollos” en cuanto a aquilatar el valor de sus esclavos y su dinero en metálico, con el sentimiento nacional. El sentimiento nacional se manifiesta siempre en término de bellos ideales.

Antes de 1868, e incluso después, los terratenientes esclavistas no pretendieron constituir una Nación ni una patria independiente, sino incorporar el país a la Unión Norteamericana o que el país permaneciera bajo la dominación española.

Entre 1800 y 1868 la única clase social que estaba por el rompimiento del yugo colonial y el fin de las relaciones esclavistas, eran los esclavos. Alguna gente de la clase media quería una patria independiente, pero vacilaba en cuanto a si la esclavitud debía continuar. Sólo los esclavos aspiraban a realizar una revolución como la de Haití es decir, una revolución antiesclavista.

Tampoco la política de los reformistas puede ser considerada como expresión del sentimiento nacional, a menos que se quiera escribir apologías esclavistas y no ciencia histórica. Los reformistas son los mismos anexionistas, es decir, los mismos esclavistas que cambian de cara, según las circunstancias internas e internacionales. He aquí la fórmula preferida de estos utópicos archirreaccionarios. *Gobierno autónomo con esclavitud*. Esta gente aspiraba nada menos que en pleno apogeo del capitalismo librecambista y de la independencia de los pueblos latinoamericanos a perpetuar el sistema esclavista.

Entre 1840 y 1860, la inmensa mayoría de los grandes propietarios esclavistas, eran pronorteamericanos, partidarios de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, entre los que se encontraban los ideólogos que eran propietarios de esclavos también. En un informe secreto del gobierno español se lee lo siguiente:

Hay entre los criollos un corto número de personas influyentes e ilustradas que paladinamente hablan y escriben contra la esclavitud de los negros, pero aunque opuestos a este sistema en teoría, anteponen las prácticas y sus comodidades a los principios abstractos y no se avienen a exponer sus fortunas a los azares consiguientes de una modificación en el sistema del cultivo existente actualmente. Este partido compuesto particularmente de literatos y profesores, considerados hace algunos años por los propietarios criollos de la isla como enemigos de los intereses de sus compatriotas a causa de sus opiniones

fanáticas y peligrosas. Mas viendo ahora que necesitan de sus luces y talentos y que permaneciendo en el centro del gobierno es indispensable su eficaz cooperación para el logro de sus miras han convenido en amalgamar sus diferentes opiniones, reconociendo unos la justicia de los principios abstractos que profesan los otros y dejando su aplicación para más adelante, conviniendo todos en que deben obrar mancomunadamente en favor de la consecución de un solo objeto: *la separación de la Isla de Cuba de España y su unión con la República de los Estados Unidos*. No hay uno en el día entre los que, no ha mucho, se pronunciaron más fuertemente en favor de la protección de la Gran Bretaña, que no se manifieste ahora convencido de las mayores ventajas que reportará a la Isla de Cuba de ponerse bajo la protección de los Estados Unidos.

En cuanto a lo que dice este informe referente al grupo de profesores y literatos que escriben contra la esclavitud de los negros, no se conservan pruebas escritas en Saco, ni Del Monte, ni Luz y Caballero, pero de su posición anexionista existen algunos datos: Por ejemplo, el furibundo antianexionista Saco expresó en *Ideas sobre la incorporación*, en 1848, opiniones tan anexionistas como la siguiente: “Si la Confederación Norteamericana desea que Cuba se le incorpore debe también entenderse con Francia y con Inglaterra: y si fuese tan feliz que lograrse allanar todas las dificultades, entonces Cuba, tranquila y llena de esperanzas, podrá darle un abrazo...”.

De manera que los reformistas de 1810, incluyendo a los literatos, abrazan a partir de 1845, los puntos de vista anexionistas. Hasta el colonialista a la española José Antonio Saco escribe “que Cuba, tranquila y llena de esperanzas, podrá darle un abrazo a la incorporación”. Si la incorporación de Cuba a los Estados Unidos fracasó fue porque Francia e Inglaterra, a la sazón las potencias árbitros del mundo, se opusieron.

Los esclavistas estaban dispuestos a pagarle cincuenta millones de dólares a España con tal de que autorizara la incorporación de Cuba a los Estados Unidos.

La “última solución” propuesta por los ideólogos fue la manifestada por Saco en sus tesis sobre blanqueamiento, y en su comentario al libro de R. Walsh: *Notice of Brazil in 1828 and 1829. Reexportación al África de los negros*.

Si he transcrito estas informaciones “patrióticas” ha sido con el propósito de suministrarle valiosos materiales a los partidarios del rescate

de las ideas reaccionarias de la primera mitad del siglo XIX, el periodo de los grandes escritores partidarios de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, de la democracia con esclavitud o de la repatriación de los negros hacia el África. ¡Estas ideas de los literatos archirreaccionarios intentan rescatar hoy bajo el disfraz de: “cultura nacional”!

Pues bien, en relación con lo que veníamos comentando, se deduce que ni aun la posición política de los reformistas puede ser estimada como expresión de sentimiento nacional. Ya hemos dicho que la fórmula cara a estos archirreaccionarios fue la “autonomía con esclavitud”. Por fortuna la metrópoli no se avino a otorgar esta petición. Digo por fortuna, pues de haber accedido, a estas horas estuviéramos oyendo decir que la “autonomía con esclavitud” fue un paso progresista para la nacionalidad, ya que algunas gentes entiende por progresista toda medida que favorezca a las clases adineradas, aunque se traduzca por más miseria y explotación para la mayoría de la población.

De ninguna manera puede considerarse en nuestra historia que la actitud de los llamados reformistas tenga la menor relación con el nacionalismo de tipo burgués que tiende a reafirmar la Nación y a liberar a las colonias de la metrópoli. Los nacionalistas burgueses hablan a nombre de todos los hombres de un país, de independencia e igualdad ciudadana para todos. De aquí que no pueda asimilarse el nacionalismo burgués con el movimiento reformista que es un movimiento propiciado por una clase distinta, los esclavistas, y que como tales tiende a apuntalar su sistema y la propia dominación colonial, ya bajo la tutela yanqui o española. Pero si aún hoy se ha pretendido asimilar el desgarramiento espiritual de los “ideólogos” con el nacionalismo, es por haber tomado el rábano por las hojas, pues a los esclavistas se le llama burgueses, a nombre de no sé qué budista teoría que no pudo haber nacido nunca en Alemania.

En cuanto al desgarramiento espiritual de los ideólogos fue el producto de la crítica situación porque atravesaba su sistema esclavista, particularmente desde 1840. Se encuentran bajo el temor de que una revolución antiesclavista los lance hacia el mar y colocados ante tal contingencia no duermen tranquilos. Y entonces adoptan poses de Mesías y curanderos de su sistema que con razón estiman enfermo y le recetan medicinas, a diestro y siniestro: abolición de la trata, autonomía con esclavitud, anexión, etcétera, etcétera. Gritan contra una política colonial que estiman perjudicial y peligrosa para sus intereses e incluso para la propia potencia colonial. He aquí a José Antonio Saco en pose de gran Mesías:

Queridos compatriotas míos, despertad, despertad. No viváis por más tiempo entregados a sueños e ilusiones. Una voz imperiosa os llama y armada de un Poder irresistible, os viene a dictar sus decretos. Si no os preparáis a escucharla, en vano lucharéis contra el destino. Aún podéis alejar la calamidad que se os anuncia, todavía luce sobre vuestro cielo el radiante Sol de la esperanza; pero si hundidos en vuestro letargo dejáis pasar los días de vida y redención, la hora tremenda sonará y todos pereceremos en la desgracia universal.

A la posible liberación de los esclavos. Saco la calificaba de desgracia universal. Los esclavistas están bajo el temor de que los esclavos los echen hacia el mar, la hora tremenda sonará y todos pereceremos! ¡Lástima que la revolución antiesclavista no hubiera triunfado entonces!; aunque cierto poeta actual hubiese tenido que escribir en una lengua criolla y no en español, al menos miles de hombres se hubieran liberado del vía crucis de la esclavitud. Los escritos de Saco, Luz y Caballero, Del Monte reflejan la crisis del sistema esclavista y sus propias crisis espirituales. Son representantes de un mundo que muere, el mundo del colonialismo esclavista; no hay pues por qué vincularlos con el mundo de la revolución que va a producirse más tarde. Ni calificarlos de abanderados de la nacionalidad y de la cultura nacional que aflora de las fuerzas destructoras del sistema. Ellos hablan a nombre de la cultura española y no de la naciente cultura nacional. Cuando Del Monte se refiere al poeta español Zorrilla, dice: nuestro joven poeta.

Es evidente que el llamado nacionalismo de los ideólogos esclavistas, no es tal nacionalismo, sino colonialismo de la peor especie. Esta gran realidad le cuesta trabajo creerlo a aquellas personas “especialistas” en el colonialismo de hoy; no obstante que el colonialismo bajo las potencias feudales o precapitalistas era tan colonialismo como el del imperialismo de hoy. Las clases enriquecidas bajo el colonialismo de ayer eran tan instrumento económico y político de la metrópoli como las de hoy. Y sólo cuando se disponen a liberar al país, a las grandes masas del país de la dominación colonial es que las clases enriquecidas devienen nacionalistas. Lo mismo que hoy. Los esclavistas del tiempo de Parreño o de Saco no están por el rompimiento de la dominación colonial y por lo tanto nada tienen que ver con lo nacional.

Sus escritos pueden resumirse diciendo que son un conjunto de advertencias y consejos a las clases explotadoras y a la propia administración colonial que es a su vez su “administración” contra los peligros de una

insurrección antiesclavista. Para ellos, aumentar el número de esclavos significaba trabajar contra el status quo, pues la desproporción entre la población esclava y la población libre podría conducir a la ruina total del sistema esclavista y la dominación colonial; la hora sonaría y todos perecerían en la desgracia universal como expresara Saco.

Los ideólogos esclavistas, particularmente Saco, debieron haber leído la carta que Séneca le dirige a Lucilius, donde le dice: “tantos esclavos, tantos enemigos”. Saco pretende detener la tabla de multiplicar enemigos, y propone entonces soluciones: abolición de la trata, aumento de los trabajadores libres de origen no africano o la vuelta de los negros al África. Pero, ¿acaso porque abogó por estas “soluciones” va a deducirse que estamos delante de un nacionalista? Saco fue a buscar sus soluciones en el arsenal del mundo antiguo, porque también Lucius Junius y Moderatus Columella y Séneca propusieron el aumento de la población libre, un equilibrio entre la población esclava y libre como el mejor camino para salvar al Imperio Romano. Saco era el más lúcido curandero de la época pero los elementos químicos de sus ungüentos estaban desde hacía rato vencidos, databan del tiempo de Roma.

La actitud política de los esclavistas de los primeros sesenta años de la primera mitad del siglo XIX se parece mucho a la de los colonos franceses de la Argelia de hoy, que gritan contra una política colonial que estiman perjudicial y peligrosa para sus intereses e incluso peligrosa para la continuación de la dominación colonial. Los esclavistas del período anexionista estaban dispuestos a anexarse a los Estados Unidos, y dejar en la estacada a la metrópoli española, de la misma manera que hoy los colonos franceses están dispuestos a abandonar su metrópoli y aliarse con los Estados Unidos. Estos “colonos” están dispuestos a aliarse con el imperialismo yanqui y cortar los vínculos con Francia antes que ver al pueblo de Argelia independiente. Es más, colonos de Argelia y esclavistas de Cuba de la época anexionista han organizado conspiraciones contra sus metrópolis con tal de conservar sus privilegios. ¿Porqué esta similitud entre las políticas de los “colonos” de Argelia y los “criollos” de Cuba? Porque son dos clases explotadoras que tuvieron el mismo origen, la colonia, se enriquecieron bajo la protección de la metrópoli, sus intereses se encontraban en abierta contradicción con los intereses de la mayoría de la población, adquirieron en la colonia la mentalidad que engendra este sistema, la mentalidad colonial.

Las posiciones adoptadas por las clases dirigentes de Argelia es la mejor lección de historia que hoy tenemos delante para comprender la

actitud de las clases dirigentes de Cuba de los primeros sesenta años del siglo XIX. Yo prefiero la presente historia de Argelia para comprender nuestra historia pasada que todos los libros. Cuando tomo una Historia de Cuba, es sólo para recordar el nombre de algún gobernador o capitán general, o la cantidad de azúcar y café producido en tal o más cual año. El progresismo con que condimentan a los ideólogos y a su clase huele a tocino rancio. Y desde niño tengo un olfato delicado.



Capítulo VI

Ideología y conciencia nacional

EL AMO y el esclavo constituían los polos antagónicos de la sociedad colonial: vinculados por las relaciones sociales de trabajo eran la unidad contradictoria sobre la cual giraba la dialéctica colonial.

Comerciantes, “hacendados”, funcionarios, intelectuales, clérigos son los gusanos de la sociedad colonial alimentados por el trabajo de los esclavos, estos últimos privados del producto de su trabajo y de la propiedad de su persona. Las contradicciones entre los comerciantes y los “hacendados”, entre los intelectuales y los “hacendados” tienen por base fundamental la esclavitud, y no el patriotismo ni la nacionalidad como han pretendido hacernos creer los historiadores burgueses.

La lucha de los esclavos por derribar el sistema esclavista, durante la primera mitad del siglo XIX, fue la principal fuerza motriz que dividió a las clases y capas explotadoras. “Hacendados y comerciantes se disgustan, hacendados e ideólogos se disgustan también”. Durante todo este periodo no se habla de otra cosa que si el tráfico de esclavos debía continuar o no, si las revoluciones antiesclavistas amenazan de muerte o no al sistema colonial esclavista, si lo más inteligente sería unirse a la Unión Norteamericana para salvar la esclavitud, madre de las riquezas. Los impuestos dividieron a los colonialistas, pero no al punto de crear toda una corriente ideológica, todo un movimiento político por la “independencia” como el anexionismo. La lucha de los esclavos por derribar el sistema esclavista no fue solamente la fuerza matriz que dividió a los esclavistas, sino que además fue la fuerza motriz del nacionalismo de las clases y capas explotadoras. Coincidiendo con la gran concentración de esclavos y sus rebeliones, en los finales del siglo XVIII y principalmente a partir de la conspiración de Aponte, es que vemos surgir ciertas manifestaciones “nacionalistas”, un nacionalismo más colonial que nacionalista, reaccionario más que liberal, pues apuntan hacia una “independencia” con esclavitud.

La liberación del esclavo era la primera condición de la libertad individual y nacional, sin su liberación no podía haber independencia nacional.

La liberación del esclavo era el preámbulo de una auténtica conciencia y cultura nacional. El esclavo fue el destructor de la vieja cultura colonialista española.

El esclavista obstaculizaba el desarrollo de la conciencia y la liberación nacional al mantener a la mayoría de la población en estado de esclavitud o dicho de otra manera, el esclavista era la anticonciencia y antilibertad nacional.

La “liberación” del esclavista —el esclavista estaba atado a las relaciones de producción, pero de manera inversa al esclavo— no podía venir de sí mismo, sino de su antagonista. Su liberación de la metrópoli era su propia muerte como clase esclavista.

El esclavista se esforzaba por todos los medios de apuntalar las relaciones sociales esclavistas en tanto que el esclavo luchaba por destruir estas relaciones, de aquí que el esclavo fuera el pionero del nacionalismo, su más firme soporte.

Desde el momento en que el esclavo se insubordina contra las relaciones sociales esclavistas, mediante sus acciones revolucionarias en los bateyes y plantaciones; quebranta estas relaciones, las agrieta y las deja en condiciones tales que si no acaba por derribarlas, el propio esclavista se obligado a “derribarlas”. En realidad el Diez de Octubre de 1868, “inicio” de la revolución antiesclavista no hace más que coronar el movimiento antiesclavista de más de un siglo. El esclavo es el protagonista de la historia. Desde 1812, las conspiraciones, disturbios, levantamientos, fugas masivas hacia los montes de los esclavos, agudizan los conflictos coloniales, directa e indirectamente, pues las conspiraciones entre los esclavistas y la metrópoli son, en gran medida, una consecuencia de los antagonismos entre los esclavos y los esclavistas.

La guerra de los Diez Años es la continuación de las insubordinaciones antiesclavistas de más de un siglo; o dicho esto mismo en sentido más amplio, la Guerra de los Diez Años fue el fruto de las contradicciones y antagonismos de la sociedad colonial esclavista, contradicciones y antagonismos que tienen por base la explotación inicua de las fuerzas de trabajo de los esclavos.

La Guerra de los Diez Años toma el carácter de guerra de liberación nacional antiesclavista, pues se combate por liberar al país de la dominación colonial española y a los esclavos del dominio de los amos. Pero el

carácter antiesclavista de esta guerra continúa siendo un misterio para los historiadores burgueses, no obstante que para todo el mundo es evidente que esta guerra liberó a los esclavos del dominio de los amos. ¿Por qué el carácter antiesclavista de esta guerra ha permanecido oculto para los historiadores burgueses y hasta para los propios partidarios del esclavista progresista? O dicho de otra manera: ¿Por qué descubren solamente el carácter de “liberación nacional” de esta guerra y no su carácter “antiesclavista”? Pues sencillamente porque esta guerra fue comenzada por los esclavistas. Se preguntarán: ¿Cómo una guerra que fue comenzada y financiada por los esclavistas va a tener un carácter antiesclavista, es decir, va a ser librada contra los esclavistas? Partiendo de la premisa verdadera que los esclavistas iniciaron la guerra, los historiadores dirán que equivaldría a una contradicción de la lógica llegar a la conclusión que esta guerra tuvo un carácter antiesclavista. Pero si esta tesis contradice la lógica es porque la premisa está mal fundada, pues no todos los esclavistas participaron en la revolución, sino la tercera parte del conjunto de esta clase. Los esclavistas del departamento occidental, donde se encontraba las dos terceras partes de la riqueza en esclavos, en producción azucarera, donde se encontraba el centro mismo de la economía azucarera de la Isla, no solo no participaron en la revolución de 1868, sino que la combatieron.

Si Martínez Campos pudo vencer la insurrección de 1868 fue gracias al apoyo financiero, político y militar que le prestaron los esclavistas del departamento occidental. O dicho esto mismo en sentido contrario, si los esclavistas de occidente que disponían de los dos tercios de la riqueza azucarera del país hubieran ayudado a sus colegas del departamento oriental, el general no hubiera podido imponerse.

Estas realidades han sido ocultadas por los historiadores para montar de la manera más perfecta la “mise en scene” de su obra: “el esclavista es un humanista” y para que el estribillo de esta obra fuera más sonora: “el esclavista le dio la libertad a sus esclavos”. Montaba esta obra así con fines utilitaristas para la república burguesa, el antihumanismo de la mayoría de los esclavistas que no les dieron libertad a sus esclavos quedó oculto, así como el carácter antiesclavista de esta guerra.

La mayor prueba del verdadero amor que los esclavistas le tenían a sus esclavos está auténticamente escenificada en la actitud que asumieron después de la Paz del Zanjón, al negarse a liberar a la población esclava en una época en que era de una evidencia manifiesta que la esclavitud, insostenible, en una época en que el más prestigioso militar de

los colonialistas metropolitanos, el general Martínez Campos aconsejaba a su gobierno liquidar la esclavitud como el mejor medio de conservar la colonia.

De todo esto se deduce que aunque la Guerra de los Diez Años fue iniciada por un grupo de esclavistas del departamento oriental —el departamento en el cual no todos los propietarios pasaron al campo revolucionario— tuvo un carácter antiesclavista, es decir, fue librada contra el colonialismo español y los esclavistas en su conjunto. La prueba de que España no estaba sola, es que la primera actividad que realiza Martínez Campos fue la de reunirse con los esclavistas de occidente, fijarles una cantidad en metálico que pagaron a gusto para poner en marcha la empresa que le salvaría sus propiedades. A este respecto el historiador español Bruguera, republicano, marxista, reporta en su interesante libro, *España en el siglo diecinueve*, que en La Habana las señoras de potentados esclavistas organizaron colectas públicas para ayudar a Martínez Campos y que los propios esclavistas armaban a sus esclavos, los organizaban en milicias para hacerle frente a la revolución, medida que el general acabó por desautorizar pues a medida que Maceo y Máximo Gómez avanzaban hacia occidente, los esclavos se pasaban al campo de la revolución. Todos estos hechos prueban que esta guerra no fue solamente una guerra contra España sino también contra el grueso de los esclavistas, y no obsta que fue comenzada por una minoría de “plantadores” del departamento oriental.

Si en Cuba no se produjo una guerra del tipo de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, es decir, una guerra entre el departamento occidental y oriental fue porque Cuba era una colonia. Los esclavistas del departamento occidental tuvieron la suerte de no tener que librar ellos mismos su guerra, porque la guerra la libró el propio ejército español; los esclavistas solo pagaron una buena parte de los gastos.

Pero, además, prueba el carácter antiesclavista de esta revolución el hecho que la masa líder de esta revolución fue la población esclava, y no la masa de los campesinos libres. Y si además la historia ha de ser interpretada de acuerdo con la dialéctica y no a la luz de la lógica estrecha, hay que deducir que los propios esclavistas del departamento oriental fueron empujados a la revolución por los conflictos de todo tipo que precedieron a 1868, de los cuales los esclavos fueron los más caracterizados protagonistas.

Cuando se oye decir a los poetas que la liberación de los esclavos fue un acto de generosidad de los ricos, de los propios esclavistas, se percata

uno de la ignorancia que padecen sobre la dialéctica colonial. Demuestran incluso una gran falta de imaginación. No hacen más que repetir lo dicho por los historiadores burgueses, por los políticos burgueses, por los profesores burgueses y por todos los pencos que se apoderaban de una tribuna. Demuestran además que permanecen prisioneros de la ideología burguesa-colonial. Pero en realidad no hay por qué enfadarse contra los poetas ya que su terreno favorito es el de las nubes; contra quien es necesario enfadarse es con aquellas personas que se dedican a los problemas de la historia y que apoyan las tonterías de los poetas, perdonable en los poetas, ya que la tontería forma parte de la sublimación poética. No es por casualidad que la infancia de la historia burguesa de nuestro país estuvo caracterizada por la concepción heroica, concepción emparentada con la poesía.

Un tanto el esclavo fuera esclavo, el esclavista no podía superar su condición, ni superar su ideología que era un reflejo de su propia condición. Su ideología no podía ser una ideología burguesa puesto que su situación correspondía a un status diferente de las relaciones de propiedad burguesa. De aquí que calificar el reformismo de esta clase como de burgués, significa un idealismo. La ideología burguesa dimana de otra situación, de las relaciones de producción caracterizada por el trabajo asalariado. Así también, en tanto el esclavo fuera tal, el esclavista no podía superar su conciencia española o ideología colonialista. El esclavista se esfuerza por perpetuar su condición y su ideología tiende a devenir más reaccionaria. Con razón Jean Paul Sartre en “Ideología y revolución” dice:

La ideología comporta una visión práctica de las circunstancias objetivas. Ello significa que la misma establece un programa. Aun en las ocasiones en que parece describir, prepara la acción, actúa. La fórmula reaccionaria “Sin azúcar no hay país”, fue lanzada como una constatación empírica. De hecho, el cultivo de la caña ha producido una comunidad de un tipo particular. y la frase que acabo de citar no es otra cosa que una ideología en estado salvaje: se presenta, bajo su falsa objetividad, como un rechazo de todo aquello que pretendería cambiar el “statu quo”.

Existe una interrelación muy sutil entre la “ideología” y la “conciencia nacional”. Una interrelación muy sutil puesto que la “ideología” se manifiesta como si fuera la “conciencia nacional”. Un grupo de hombres

comienzan por adquirir conciencia de sus intereses de clase, y luego acaban por identificar su interés de clase con el país. Ahora bien, no basta con la “identificación” del interés de clase con el país para convertirse en un nacionalista, sino que hay que pretender desligar —en el caso de un país colonial— al país de la dominación colonial. El nacionalismo es una actitud política, un estado emocional, en tanto que el interés de clase es una realidad objetiva y no subjetiva como el nacionalismo. Los esclavistas del período Saquista llegaron a “identificar” su interés de clase con el país, pero no pasaron de ahí; como no han pasado de esta “identificación” los “colonos” de Argelia. Los esclavistas como los “colonos de Argelia” no expresaron la aspiración de separarse de la metrópoli que es el único barómetro para medir a un nacionalista. Ahora bien, como la ideología esclavista llegó a identificar su interés de clase con el país, su “identificación” es de cierta manera un germen de una conciencia nacional, pero un germen solamente, preñado mucho más de colonialismo que de conciencia nacional.

Ni el anexionismo ni el reformismo pueden ser la conciencia nacional, sino todo lo contrario, su negación: Son ideologías en estado puro “una visión práctica de las circunstancias”, que se revelan como la negación de la conciencia nacional y que necesitaban pasar previamente por un proceso de destrucción total para que sus portadores comenzaran a pisar el umbral de lo nacional; destrucción de las ideologías que solo podía resultar de la destrucción violenta del sistema esclavista.

La crisis operada dentro de la esfera de las relaciones esclavistas colocó en estado de crisis a la ideología esclavista. Cada sacudida del sistema protagonizada por su antagonista (1812, 1844, 1868) produjo sus efectos en el seno de la ideología esclavista. El comienzo de la guerra de 1868 indica que esta ideología se encontraba moribunda, en trance de ser sustituida por la ideología nacional-burguesa. Y si la ideología esclavista subsiste más allá de la fecha de la Asamblea de Guáimaro, dentro de las filas de la revolución y fuera de ella, es porque existían aun bases para mantenerse viva, pues las tres cuartas partes del sistema esclavista ubicado en las provincias de Matanzas y la Habana, permanecían intactas.

Ahora bien en el proceso de destrucción de esta ideología producida por la dialéctica colonial anterior a la revolución de 1868, las clases explotadoras han hecho sus experiencias y constatado sus fracasos, han aprendido de los fracasos. Sus experiencias han servido para que por lo menos una parte de la clase explotadora vea en el nacionalismo su única salida. Y el reformismo y el anexionismo han sido una experiencia útil

sólo para la clase social que ha vivido esta experiencia, y no desde luego para los esclavos ni para los hombres que estaban próximos a esta situación que sufrieron estas experiencias, porque estas experiencias reformistas o anexionistas no eran otra cosa que esfuerzos de la clase enemiga por reforzar su status. Ahora bien, si a partir de 1850 comienza a operarse un cambio en la ideología de la clase dominante fue porque su posición dentro del “sistema” se fue deteriorando como consecuencia, en primer término, de la agudización de los conflictos clasistas. Las crisis económicas y los conflictos clasistas acaban por destruir la vieja conciencia esclavista y es entonces que el esclavista cambia de actitud, modifica sus métodos de lucha y reaparece en una guerra de diez años con una nueva ideología, la ideología burguesa e identificado “plenamente” con la nación. Pero los hombres prácticos, los propios propietarios han avanzado en tanto los ideólogos se han quedado atrás, aferrados a sus viejas tesis.

Otro problema a resolver sería el de conocer cómo la población esclava se convirtió en nacionalista. En virtud del nacionalismo del esclavista. Sí y no. El esclavo es permeado muy indirectamente por el “nacionalismo” de última hora de su antagonista. Ahora bien, él es en sí mismo un productor de nacionalismo. Los esclavos tenían una ideología, una ideología radicalmente opuesta a la ideología del esclavista que se caracterizó por su aspiración a la libertad. Al esclavo le fue mucho más fácil que a su antagonista superar su ideología y adquirir conciencia nacional, puesto que su ideología no se encontraba en oposición con el desarrollo de las fuerzas de producción, él mismo era una fuerza de producción que se quería liberar. Su papel de productor de riquezas y de combatiente contra las fuerzas retrógradas del colonialismo, le convierten en la esencia misma de lo nacional. No es extraño pues verlo figurar como la masa líder de la revolución de los Diez Años, y que sus hombres no claudicaran en ningún momento, ni incluso a la hora del Zanjón. Decía Marx: “A cada estadio de la historia las propias condiciones materiales le imprimen un desarrollo determinado, un carácter específico a los hombres, y por consecuencia las circunstancias hacen tanto a los hombres como los hombres a las circunstancias” (*Ideología alemana*).

El esclavo es el destructor del viejo mundo y a su vez el pionero del nuevo mundo. Su actividad política manifestada mediante las sublevaciones en las plantaciones, era un constante reafirmar de la nacionalidad y de la cultura nacional. No es por casualidad que cien años más tarde el único fruto auténtico de la cultura nacional es la música del antiguo esclavo.

La conciencia y la cultura nacionales son el producto de la lucha de clases; para comprender su nacimiento y desarrollo hay que observarlo a la luz de los antagonismos de clase. En el caso nuestro los antagonismos clasistas entre el amo y el esclavo, le fuerzan a “olvidar” sus pasados nacionales, su cultura española y su cultura africana que llevan dentro hasta adquirir la conciencia de una nueva nación: Cuba.

Sin ideología de clase no hay conciencia nacional ni cultura nacional; y esta es la razón por la cual la conciencia y la cultura nacionales aparecen matizadas por las ideologías clasistas; particularmente por la ideología de la clase dominante. Se opera un tránsito de las ideologías a la conciencia nacional, y entonces la conciencia nacional parece ser como una prolongación depurada de las ideologías.

De las acciones y reacciones de las clases antagónicas del siglo XIX emerge la conciencia nacional. Durante su curso se ha operado una “autodestrucción” ideológica y ambas clases en sus luchas han preparado su reencuentro en una esfera más elevada: la nacionalidad.

De todo esto se deduce que la conciencia nacional no es un fenómeno producido por las actividades de cuatro gatos, por muy inteligentes que sean los cuatro gatos, y justamente lo que hacen los historiadores es deducir la conciencia nacional de las actividades de los cuatro esclavistas que se reunían en el Ayuntamiento de La Habana, en el Consulado y en la Sociedad Económica. Por muy influyentes que fueran Parreño, Luz Caballero, Saco, Del Monte, en el seno de la sociedad colonial esclavista, mediante sus informes e ideas, la nación no podía haber nacido de la cabeza de estas bellas Minervas, sino de las bases mismas de la sociedad de los explotadores y de los explotados.

La conciencia nacional es un “estado” de la población, un sentimiento común a todas las clases sociales y a la mayoría de la población: si bien es un sentimiento particularmente matizado por la ideología de la clase dominante. Incluso; la “cultura nacional”, entendiéndola aquí por cultura nacional no la cultura libresca que se encuentra matizada por la ideología de la clase dominante. Pero si la conciencia y la cultura nacionales de una época es la conciencia de la clase dominante como dice Marx, en esta conciencia nacional hay que tomar en cuenta lo aportado por la conciencia del pueblo que también tiene una conciencia generada por su lucha contra la clase dominante. La conciencia nacional es una amplificación extremadamente dilatada de la conciencia en bruto es decir de las ideologías, particularmente cuando su formación tiene lugar en una época en que las clases dirigentes no son dueñas del aparato político.

Todo estos fenómenos pertenecientes a la superestructura de la sociedad se encuentran situados en planos distintos, pero en nuestro país se forma con ellos un verdadero arroz con mango: se confunde “ideología” con “conciencia nacional” y “cultura nacional” con “ideología”, y esta confusión es otra de las tantas razones por la cual los movimientos reformistas y anexionistas del siglo XIX, expresiones ideológicas en estado puro, son calificadas de manifestaciones de la conciencia nacional. Y por otra parte, no existe la menor idea de cómo se opera el tránsito dialéctico de la “ideología” a la “conciencia nacional”, ni de los momentos en que la conciencia nacional aparece como una prolongación depurada de las “ideologías”.



Capítulo VII

Conclusiones

1) LA TESIS ESENCIAL de este ensayo es que el nacimiento y el desarrollo de la cultura nacional es en primer lugar un producto de la lucha de clases, de la lucha entre las clases fundamentales de la sociedad colonial: esclavistas y esclavos. Tesis que se encuentra en abierta contradicción con la tesis de los historiadores burgueses y sus seguidores, quienes deducen la formación de la conciencia y la cultura nacional durante el siglo XIX de los conflictos entre los esclavistas azucareros y la metrópoli española.

2) Que habiendo sido los esclavos el motor de la economía colonial y a su vez la clase más explotada, la más sufrida durante el siglo XIX (1800 a la Paz del Zanjón) devinieron las clases más revolucionarias. Esta deducción de la teoría marxista es comprobada por las propias acciones revolucionarias de los esclavos de Cuba. Los propios hechos históricos así lo demuestran. Esta tesis también es contradictoria con la tesis de los historiadores y sus seguidores, quienes convierten a los esclavistas azucareros (hacendados) en la clase más revolucionaria.

3) Que las múltiples sublevaciones de los esclavos fue una de las causas principales de las divisiones que se produjeron en la clase dominante: los “maestros” de la economía se dividen en anexionistas y reformistas. Tesis que se encuentra también en contradicción con los puntos de vista de los historiadores burgueses, pues como es sabido, para estos, el origen principal de estas corrientes políticas tienen por fundamento la “recalcitrante política española”, los “altos impuestos”, “los mercados”, “la intolerancia de los gobernadores”, es decir una serie de factores ajenos al mecanismo interno de la sociedad colonial. Olvidan que la piedra angular de los problemas políticos de la época fue el régimen esclavista mismo, la explotación de la gran masa de la población, y las sublevaciones antiesclavistas.

4) Que la crisis de “conciencia” que sufren los esclavistas y sus ideólogos entre 1800 y 1850, no es tal crisis de “conciencia nacional”, sino

un estado de atolondramiento propio de una clase explotadora que vive bajo el temor de ser barrida por una revolución antiesclavista. Los libros de los ideólogos esclavistas: Saco, Luz y Caballero, Domingo del Monte, etcétera, reflejan el estado de desesperación de una clase que se derrumba y su propia desesperación.

5) Que sólo una fracción minoritaria de la familia esclavista, la más estrangulada por el sistema colonial —departamento oriental—, adquiere conciencia nacional y adopta una actitud revolucionaria, en tanto que la fracción mayoritaria ubicada en las provincias de la Habana y Matanzas, se esfuerzan por todos los medios de defender sus riquezas esclavistas a la hora de la revolución de los Diez Años.

6) Que la Guerra de los Diez Años es la expresión de la descomposición final del sistema esclavista en nuestro país, y que por lo tanto, esta guerra tiene un carácter antiesclavista. Ella fue librada no sólo contra la metrópoli española, sino también contra la inmensa mayoría de los esclavistas de Cuba.

7) Que lo que llamamos “cultura nacional” no sólo es el producto de los conflictos clasistas, sino además de los conflictos de la cultura española y africana.

8) Que los esclavistas y sus ideólogos eran los representantes de la cultura española colonial, de la cultura en oposición a la naciente cultura cubana cuyos representantes hay que buscarles o bien en las capas intermedias y más bajas de la sociedad, es decir, entre la población no ligada directamente a los intereses esclavistas, o entre los esclavos y los negros libres.

9) Que los partidarios del rescate de la “cultura nacional”, lo que en realidad pretenden rescatar es la cultura española colonialista, la cultura degenerada por el colonialismo, partidarios que si bien citan a marxistas para fundamentar su rescate, en quienes en realidad se apoyan son en las tesis de los historiadores burgueses, apasionados defensores de los hacendados esclavistas. Que no es por casualidad que la tesis del “rescate” de la “cultura nacional” ha sido acogida sin ningún asombro por la masa de los intelectuales burgueses formados en la tradición de Parreño, Saco, Luz y Caballero, Domingo del Monte y comparsa. Y que no es por casualidad tampoco que en el informe del “poeta” sobre el “rescate”, brillan por su ausencia los mecanismos propios de la teoría de la lucha de clases para interpretar una época. El problema entre “contenido” y “forma artística”, “cultura dirigida o no”, dio lugar a polémicas entre los intelectuales, pero la cuestión del “rescate” de la cultura pasó por un

suceso cotidiano. ¿Por qué? Porque tal como fue presentado el asunto no había la menor razón para que las gentes acostumbradas a oír estas cosas en colegios religiosos, o leerlas en “Ramiro Guerra” desde su infancia se asustarán. Hace como cien años que la burguesía por intermedio de sus políticos, profesores, escritores, defienden a los ideólogos esclavistas que hoy se pretende rescatar. Nada, pues, nuevo bajo el sol. El llamado “rescate de la cultura nacional” debía llevar por título: “Rescate de la Cultura Española Colonialista”. Este es el único planteamiento en el curso de la Revolución que no ha asombrado a nadie.

Mi interpretación parte de la concepción materialista de la historia de Marx y Lenin, y esta es la razón fundamental por la cual mis tesis se encuentran en contradicción con la concepción idealista de los historiadores burgueses y sus seguidores.



**SEGUNDA
PARTE**

Capítulo VIII

Los factores de unidad entre los africanos de Cuba

EN FORMA muy singular, mediante la violencia, el viejo colonialismo español hizo entrar en relación a pueblos y culturas de África y América. En esta relación de pueblos y culturas los africanos de América quedaron desconectados de sus organizaciones sociales; eran visitantes sin pasaje de regreso. Sólo los traficantes iban y venían de un continente a otro. Los esclavos recibían noticias de África a través de los esclavos recién llegados.

En África el negro vivió dentro de una organización social democrática, en América dentro de una sociedad esclavista. Dentro de su organización democrática creó su familia, adoró sus dioses, danzó, cantó y creó un arte, pero la unidad de la cultura africana quedó rota con el tráfico y la esclavitud. Si mal parados quedaron los pueblos y culturas de África (más de cincuenta millones de africanos fueron transportados a América), en peores condiciones quedaron los africanos de América. Huérfanos de sus organizaciones sociales tradicionales donde su vida tenía un sentido, sus cualidades artísticas e intelectuales se empobrecieron.

En África el negro era un colectivista, pensaba y actuaba en función de sus democráticas organizaciones; su personalidad se revelaba a su luz. Vivía en función de su sistema cultural y al desprenderse de este sistema devino en un hombre menos vital, menos productivo espiritualmente. En Cuba continuo produciendo música pero sus facultades de escultor desaparecieron. Su arte revela su orden social, como dice Madeleine Rouseau:

“Separado de su mundo cultural, el africano de América no recuerda la tradición escultórica de Ifé. El arte negro es funcional, aporta una enseñanza permanente donde cada uno es capaz de aprender, según sus aptitudes innatas y el grado alcanzado en la adquisición del conocimiento: a esto debe su mérito, por un esfuerzo de sí mismo, que dura tanto

como su existencia: estatuas de algunos centímetros o estatuas colosales, vasos ornados de símbolos, pedazos de pesados bronce, donde la orientación y la forma tienen sentido... Nada es gratuito en todo este decorado de la vida africana. La enseñanza que comunica el arte negro es una bajo numerosos aspectos. Su fin es ayudar a cada uno a encontrar el sentido de sus existencia, de conocer su razón de ser". "El arte negro inicia el conoci-miento del Mundo en el cual vive la Humanidad". "Enseña cómo se manifiestan las leyes cósmicas, no para domesticarlas y dominarlas a la voluntad humana, como pretende hacerlo el Occidente, sino para ponerse de acuerdo con su ritmo de acción, con el sentir único en el Universo. La danza, por ejemplo, es una creación humana que apunta a concertar los ritmos terrestres y humanos a los del cosmos. Se intenta encarnarlos para identificarse con ellos, para participar del orden universal y devenir conscientes. La música es el lenguaje que se manifiesta, en el plano humano, de la armonía de estos ritmos con el cosmos. Son manifestaciones colectivas que uniendo a unos y otros miembros del grupo con los demás crean un bloque que prueba su existencia en el Universo". "Cada grupo social se manifiesta por su arte donde las formas tradicionales le son específicas. Al servicio de la colectividad este arte es el signo visible de la existencia de su pasado, de su vitalidad espiritual, del conocimiento del mundo que se perpetúa y se enriquece de generación en generación. Para comprender el alcance de este arte, es necesario bosquejar la organización de la sociedad africana. Su existencia, como la de un ser viviente regida por un órgano que se puede comparar al corazón, es responsable de la existencia comunal. El jefe es siempre electo, bien sea el de un pueblo o el de un remado. De este jefe depende la prosperidad del reinado, la fecundidad de la tierra y de los humanos, la paz. La responsabilidad del jefe es total, puede ser castigado por una acusación grave. La continuidad en el templo es asegurada por el Consejo de Ancianos, guardianes de la tradición y a su vez sabios y sacerdotes, porque la ciencia en el África Antigua es el conocimiento y no la técnica que se sitúa en el plano material. La adaptación constante de esta organización a las condiciones siempre nuevas que modifican las necesidades vitales del grupo, es asegurada por el Consejo del Pueblo, encargado de presentar las reivindicaciones. "El arte manifiesta este orden social; se comprende pues que él revela dos formas, el arte real y arte popular. En los dos casos el arte sirve el culto de los ancestros: la estatua, la máscara". (Madeleine Rousseau: *El arte antiguo en África negra*).

DENTRO DE SU organización democrática el africano creó su familia, adoró a sus dioses y construyó su arte. Natural, pues, que al arrancársele de sus estructuras tradicionales su capacidad creadora se empobreciera. Perdió en América gran parte de sus facultades artísticas y también sus dialectos, medio de comunicación entre los hombres y de expresión cultural. Es cierto que el africano y sus descendientes conservaron en Cuba sus facultades musicales e incluso sus antiguos ritmos adquirieron desarrollo entre nosotros, pero no obstante ser este renglón de su cultura el más fecundo, su música perdió vitalidad. La música de África de hoy es mucho más vital que la música negra de Cuba. Hay que suponer que, incluso en los finales del siglo pasado, ya había perdido vitalidad. Agréguese a esto que muchos ritmos e instrumentos desaparecieron, porque el ámbito de su función colectiva se estrechó. En Cuba, la música no era ejecutada como en África para contribuir al desarrollo de la producción agrícola y artesanal. Los africanos de Cuba eran esclavos, no hombres libres ni propietarios como en el continente. No podía ser una música para mejorar la gobernación del país. Sin embargo, se conservaron algunos toques guerreros gracias principalmente al espíritu rebelde de los esclavos cimarrones.

“La música africana es para el funcionamiento del núcleo social, para el pueblo en su más amplio sentido. Es música para el trabajo y el placer colectivo, para la economía de la producción y la del reparto, para la gobernación y la guerra, para el templo y la magia, para la familia y la escuela, para el amor y la muerte. Está en la tierra y abarca toda la tribu, pero no alcanza los cielos y a los infiernos, y a los entes del mundo invisible.

“La música negra, conjuntamente con el canto y el baile, es arte para algo socialmente trascendental. Tiene una teología, un propósito de función colectiva; una acción, no una distracción. No es música de ‘diversión’, al margen de la vida cotidiana, es precisamente una estética ‘versión’ de toda la vida en sus momentos trascendentales. Música que no sólo dice, es música que hace, para aviar a la gente por el camino de la vida, y no para desviarla de las funciones comunales. La música negra ejerce siempre una función colectiva primordialmente religiosa, ceremonial, dramática. (Fernando Ortiz: *Los instrumentos de la música afro-cubana*).

Golpeados por la vitalidad rítmica de las músicas del Congo, Nigeria, Guinea y el Senegal, nos percatamos de cómo nuestra música ha perdido vitalidad rítmica.

EL RÉGIMEN esclavista se mostró impotente para vencer al negro desde el punto de vista musical. Sus dialectos desaparecieron, pero sus ritmos perduraron. Los hombres fueron separados de las mujeres, los niños de sus padres, pero el régimen esclavista no pudo impedir que cada uno de los miembros de la familia continuara adorando sus ancestros como Changó y Yemayá, adorándoles con cantos y tambores.

“En la calle de Egido, entre los Puertas de Monserrat de Tierra y Arsenal..., los bailes se efectúan en grandes salas bajas, con puertas a la calle, donde se ve a una apiñada multitud de negras, negros, de facciones toscas y abultadas, con las caras lustrosas por el sudor, moviéndose y agitándose a un compás que empieza con lentitud y sigue gradualmente violentándose a medida que va creciendo la excitación; acompañado todo esto de una música ruidosa y monótona... producida por las marugas, hierros y tambores que hacen sonar con las palmas de las manos y una gritería chillona infernal, con la que da remate a sus cánticos guerreros: tienen además una bocina de madera que tocan de cuando en cuando, emitiendo un sonido lúgubre, parecido al de la caracola, con el que aumenta el estruendo de aquella lúbrica fiesta”. (Antonio de las Barras y Prado: *La Habana a mediados del siglo XIX*).

No hay pianos, ni saxofones, ni trompetas, ni cornetas chinas. África está aún virgen, sin afeminamiento, conserva en tiempos de este observador toda su vitalidad étnica, y toda su pureza.

“Los bailes íntimos cubanos alternan frecuentemente en estas reuniones con los de África. Estos son de formas tan original y grotesca, que causan a veces la admiración y asombro de los que miran, por lo atrevido y dificultoso de sus movimientos. Generalmente salen a bailar una negra y un negro, formando coro todos los demás concurrentes alrededor de ellos. El negro suele llevar en la mano un sable o alfanje de madera, con el cual hace muchas figuras de quites y embestidas, pero sin dejar por eso de agitar los pies y todo el cuerpo, que parece agitado de una especie de temblor, así como la negra que baila con él, haciendo ambos horribles visajes con la cara. Al romper el baile, con la música empieza el coro los cánticos en su propia lengua, por lo que yo nunca he podido entenderlos, pero se me figura que deben referirse a las hazañas de algunos de sus guerreros que los que bailan van imitando con la acción. No puede darse una idea de la rapidez con que ejecutan los movimientos de pies, y las vueltas del cuerpo, así como la ligereza con que saltan hacia atrás y hacia adelante, sin parar ni un momento el compás de la danza. Al mismo tiempo de esto, se ve que los del coro y los demás que llenan la sala, por un

impulso involuntario, van siguiendo ya con los pies, ya con el cuerpo, el mismo compás y no hay uno solo que deje de moverse y de hacer visajes.

“El día de reyes, es el carnaval de los negros, y tienen amplia libertad para abandonar sus servicios dejando las casas desiertas. Desde muy temprano, los de nación van a reunirse a sus respectivos cabildos donde muchos se adornan con objetos extravagantes y raros, apareciendo también algunos con medio cuerpo desnudo y pintados de colores al uso de su tierra, metidos en grandes aros sujetos a la cintura, los cuales van envueltos en cuerdas blancas que bajan hasta las rodillas y que hacen ondear al compás de sus movimientos. Así van desfilando todas las agrupaciones de negros africanos: congos, ararás, mandingas, lucumíes, macuas, minas, carabalíes y algunas otras de que no me acuerdo, en las que llevan escrito el nombre de su nación”. (Antonio de las Barras y Prado: *La Habana a mediados del siglo XIX*).

Es muy significativo que los africanos trajeran sus instrumentos musicales, en mayor número que los propios colonialistas. Vinieron acompañados con instrumentos musicales para ser utilizados en los ritos, como el ékue de los ñañigos, los enkomo, los batá, la bunga, los tambores. Es verdad que los españoles trajeron también el pandero y las castañuelas, la gaita y el tamboril, pero ¿qué queda de esto? La vitalidad de que ha dado muestra la música africana desde la época colonial, la música de las clases más explotadas, la única despreciada y condenada, permite deducir que aún se producirá una mayor africanización musical en Cuba.

En virtud de la importancia capital del fenómeno religioso de la vida del negro, la música sobrevivió. Música y religión estaban enraizadas en todas las manifestaciones de su cultura. La música sobrevivió a los azotes y las prohibiciones coloniales y acabó por vencer a la música de la clase dominante.

“El canto y el baile al son de instrumentos, integran una función de magia creadora, la muchedumbre, al cantar sus deseos en esa manera reiterativa, propia de las fórmulas deprecatorias de los rezos y encantamientos de magia, no hace sino unir el sonido de su propia voz a la voz del ser sacripotente que revive por la asonación de sus huesos o de sus piernas. Así, durante esa comunión vocal con su Dios, trata de dominar o propiciarse la voz de los sobrenaturales, que tiene poder operativo de realización y al bailar con el canto, la mímica del creyente y del sacerdote reproducen los hechos pasados —que se escenifican— y el lenguaje imitativo de los ademanes se une al oral para aguzar el ansia que ha de llegar a ser realidad por ese complejo de magia”. (Fernando Ortiz).

Y como la música, estaba unida a la religión, perduró. El africano tenía una concepción religiosa del mundo. En África, como dijimos anteriormente, sus dioses se inspiraban en los trabajos agrícolas y de artesanías y también en acciones guerreras.

“Los africanos veneran a sus dioses, son agentes activos de la evolución social, los dioses le dan un poder al individuo, le ofrecen un ejemplo, no para imitar sus acciones, sino para que cada uno cumpla su labor con su conciencia”, observa Madeleine Rosseau.

El pueblo le rinde culto a sus dioses generosos que le entregan los secretos de la naturaleza a sus sacerdotes o babalaos. Ochún es el dios del hierro y de las armas cortantes: Changó, el dios del fuego mediante el cual se funden los metales para la fabricación de instrumentos agrícolas y para los trabajos de artesanía. Los dioses tienen relación con sus creaciones artísticas, con sus máscaras y estructuras maravillosas de Ifé. Con razón dice Alexis Kagame: “La religión natural es un sistema doctrinal único: su apelación no es más que la indicación de un género del cual las diferentes especies son concretizadas en el seno de las culturas en su diversidad en el tiempo y en el espacio. La religión natural encierra algunas creencias de origen divino, de la cual algunas provienen de instituciones sociales y políticas puestas en vigor desde tiempo inmemorial en cada cultura, y otras de diversas observaciones pseudocientíficas acumuladas por las generaciones pasadas en las diferentes sociedades primitivas” (*Aspectos de la cultura negra*).

Los elementos de la cultura africana que jugaron el papel más importante en la conservación de las tradiciones y de la unidad del pueblo durante el sistema colonial español, fueron las religiones y la música. No sólo la situación social de esclavos hacia solidarios a los negros, sino además las tradiciones culturales africanas. La comunidad de cultura une a los pueblos y les une aún más en las situaciones trágicas. La religión y la música tienen una importancia capital en la vida espiritual de los negros, y como la música y la religión tienen una importancia capital en su vida espiritual, la esclavitud, el más brutal de los sistemas de explotación, no pudo exterminar de manera total todas sus facultades creadoras, ni barrer con las características que les eran comunes.

YA DIJIMOS que nuestro africano había vivido una larga experiencia social y natural en África que condicionó su conciencia. Su concepción del mundo estaba emparentada con el saber de las generaciones que le

precedieron: experiencia generacional que se traducían además en música, escultura, teatro, técnicas de trabajo, hábitos y costumbre. Desconectado de sus estructuras tradicionales que tienen por base la propiedad colectiva de la tierra y de los instrumentos de producción, la experiencia generacional acumulada en su mente se empobrece en América. Si la música se salva es gracias a la estrecha vinculación con la religión.

En Cuba el africano se esfuerza por reconstruir su organización familiar africana, es decir, desde la pareja hasta la tribu, pero le falta la propiedad colectiva donde esta organización se asienta, le falta la propiedad bajo cualquier forma es un esclavo y sus tribus aquí son una mascarada de las de África. Vive de recuerdos, fingiendo ignorar la realidad esclavista, celebra sus ceremonias como si estuviera en África, como si viviera dentro del marco de instituciones tradicionales. El día de reyes, nos cuenta Antonio de las Barras y Prado “los de Nación van a reunirse a sus respectivos cabildos, donde muchos se adornan con objetos extravagantes y raros, apareciendo también algunos con medio cuerpo desnudo y pintados de colores, al uso de su tierra, metidos en grandes aros sujetos a la cintura, los cuales van envueltos en cuerdas blancas que bajan hasta la rodilla y que hacen ondear al compás de sus movimientos”. Es que él es un comunitario. Estas fiestas y estas organizaciones, llamadas por los españoles cabildos, revelan los largos esfuerzos realizados para lograr su unidad de pueblo. En los campos de caña, cafetales y ciudades se inició un proceso selectivo, según las razas, las religiones, la lengua y demás tradiciones culturales. Las organizaciones sociales negras fueron creciendo y fortaleciéndose en la medida de los años y del aumento de la trata. Su tragedia debía ser explicada de alguna manera, su familia reconstruida, sus ritos funcionar bajo las condiciones impuestas. “Los procedentes de África, que se conocen aquí con el nombre de negros de Nación, se dividen, según las regiones de donde proceden, en grupos, y forman sus cabildos presididos por un jefe que eligen todos los años, y al que dan el nombre de rey y a este lo respetan todos, aun en su trato particular, como a un superior” (Antonio de las Barras y Prado: obra citada).

No obstante el mestizaje y la aculturación española, todavía en 1850 los africanos constituían un pueblo en cautiverio, con sus lenguas; su formación psíquica y cultural, y sus religiones africanas. Gracias a sus organizaciones religiosas, secretas y rígidas, parte de su experiencia generacional pudo ser conservada y traspasada luego a lo que hoy llamamos cultura nacional.

Las organizaciones religiosas impidieron que el colonialismo español destruyera su rica experiencia generacional. Y es por esto que las organizaciones religiosas jugaron un papel progresista en la conservación de la cultura africana y también en lo político. Gracias a la vitalidad de las religiones, la música negra pudo ser conservada, la música de cuyos ritmos nació la música cubana, la más alta expresión de la cultura nacional.

He dicho que las organizaciones religiosas jugaron un papel progresista en el aspecto político y cultural de nuestra nacionalidad. Esta afirmación quizás sorprenda a muchos por la razón de que hasta ahora ha imperado la tesis contraria, es decir, que las religiones negras son una manifestación de salvajismo. Sin embargo, esta es la tesis de los ideólogos del colonialismo español y sus continuadores, la burguesía reaccionaria.

Incluso se hace un poco sospechoso el silencio que ciertos escritores revolucionarios hacen con respecto al papel político o cultural de las creencias religiosas de origen africano. ¿Es qué temen escarbar en estas cuestiones para no herir la sensibilidad de la población negra? Lo más que se puede saber por sus escritos, en cuanto a religión, es que el catolicismo sirvió de instrumento a las clases dominantes. Ahora bien, en lo que se refiere a las religiones africanas no emiten juicio; no puede saberse de ellos si estas creencias jugaron un papel progresista o reaccionario en los conflictos sociales del siglo XIX. ¿Acaso porque Marx dijo: la religión es el opio de los pueblos?

La religión es el opio de los pueblos, afirmó Marx. Pues bien, generaciones de marxistas han interpretado mecánicamente esta frase, la han repetido sin reflexionar, porque la religión es opio cuando deviene un instrumento al servicio de la clase dominante, cuando la clase dominante se vale de la religión para adormecer al pueblo y adormecido explotarlo inmisericordemente. La religión no es opio cuando es practicada por un pueblo cuya organización social no se encuentra todavía dividida en clases, y sobre todo no existe una clase que viva del trabajo de la mayoría de la población. Para los pueblos cuyos intereses no están subordinados a una clase explotadora, que no han llegado aún a la etapa científica de la cultura, sus creencias religiosas, no son opio. ¿Por qué? Porque los pueblos precientíficos se valen de la religión como un instrumento de investigación de los fenómenos naturales y sociales. A través de la religión se preguntan el porqué de la lluvia, el porqué de los eclipses, el porqué de las epidemias, el porqué de la vida y la muerte. Su método está viciado de origen, en virtud de que le atribuyen una causa sobrenatural a estos

fenómenos, pero sus prácticas religiosas tienen un sentido social, ya que sus resultados están destinados al servicio de toda la comunidad y no de una clase.

Los pueblos primitivos han creado sus propios dioses a imagen de las condiciones sociales. Crea sus dioses y son víctimas de su propia creación, a partir del momento en que le toman como algo ajeno a sus propias facultades. El hombre primitivo, un precientífico cree que los dioses no tienen relación con sus facultades creativas —ni tampoco desde luego el hombre religioso de la alta civilización— piensa que el dios es algo independiente de él y entonces es víctima de su propio desdoblamiento; deviene en un alienado, ya que no establece el engarce lógico entre su mente creadora y el producto de su creación. Ahora bien, no obstante ser víctima de su propia alienación, por este camino, sin embargo, realizan los primeros descubrimientos científicos. La religión no es instrumento adecuado para la investigación científica, sino su propia negación, pero esta negación conduce sin embargo a un hallazgo científico. La religión está unida a su práctica social, a su experiencia social, y cuando los vínculos entre una y otra se mantienen el hombre es capaz de arrancarle secretos a la naturaleza. Fue por intermedio de la religión que caldeos babilonios y egipcios obtuvieron las primeras conquistas científicas. De todo esto se deduce que cuando las religiones son utilizadas para interpretar el mundo no pueden ser calificadas de opio. La frase de Marx no puede ser pues, aplicada al pie de la letra. Es a partir de la división de la sociedad en clases que la religión se convierte en opio, porque el grupo que explota a la colectividad oficializa la religión para su provecho. La clase dominante opone la ciencia a la religión y se convierte en enemiga de la investigación científica. Los hombres del opio religioso son la casta sacerdotal y la clase dominante que a nombre de la religión y de los dioses le exigen al pueblo hambreado obediencia y paciencia.

Las creencias de los africanos de Cuba eran las creencias del sector más explotado de la población. Sólo el catolicismo era opio, pues era la religión del Estado colonialista al servicio de los intereses de los hacendados esclavistas, de los grandes comerciantes, de los traficantes, del clero y de toda la gente maloliente del aparato colonial que mataba, torturaba, embrutecía y explotaba a los esclavos. El catolicismo era el opio del pueblo, en cuyo nombre todos los explotadores se oponían a la primera gran libertad por conquistar: la de los esclavos. El opio católico fue enemigo de la revolución de 1868. Esta revolución liquidaba el sistema esclavista que la jerarquía católica apoyaba y se empeñaba en perpetuar.

Las organizaciones religiosas de los africanos de Cuba no sólo eran los instrumentos más eficaces en la conservación de las tradiciones culturales de los negros, sino, además, hacían función de organizaciones políticas que combatían la esclavitud. El carácter clandestino y religioso de estas organizaciones ocultaba su verdadero papel político. Carecían de un programa escrito, pero en la práctica actuaban a la manera de una organización política clandestina. Aponte no creó ninguna organización especial, su instrumento revolucionario más eficaz para luchar contra el colonialismo español y el régimen de propiedad esclavista no era otra que las organizaciones religiosas. El propio caso de Haití en que las organizaciones religiosas africanas dieron la orden de rebelión contra la dominación francesa y el régimen esclavista. En Cuba fue a través de las organizaciones religiosas, es decir estimulados por estas organizaciones, que los negros se incorporaron a la revolución de 1868, la revolución que abrió las puertas a la ciencia contra el pensamiento dogmático, a la libertad contra la esclavitud y contra la intolerancia y el opio clerical.

Mientras la jerarquía católica y sus mitos estaban al servicio de la explotación del hombre por el hombre, por el látigo, la tortura, los mitos de las clases explotadas y las organizaciones religiosas alentaban a los esclavos a la rebelión contra el sistema esclavista.

Las religiones africanas formaban parte de la sabiduría de su pueblo, parte de su herencia cultural. Formaba parte de la sabiduría de un pueblo. África, de donde procedían los negros de Cuba, que no habían llegado a la etapa científica de la cultura. Changó y Yemayá eran aún dioses que jugaban un papel de unidad y de conservación de la cultura. Ambos eran una realidad en la conciencia del negro y contribuían en Cuba a rehacer la familia africana deshecha por la esclavitud y al propio tiempo; estimulaban a la población negra a la lucha contra el sistema colonial. Inspirados en sus dioses guerreros cientos de africanos abandonaron a sus amos y se refugiaron en las montañas construyendo allí organizaciones militares que bajaban a atacar las poblaciones de los colonialistas. Las conspiraciones y alzamientos de los negros alentadas por los dioses guerreros como Changó, lograron quebrantar el sistema esclavista y doblegar primero que cualquier otro alzamiento, las cadenas de la esclavitud.

La lucha librada por los esclavos de las plantaciones y de las montañas contra el sistema esclavista, maduraron las condiciones para la revolución de 1868.



Capítulo IX

El conflicto lingüístico

POR LO MENOS hasta 1850 la mayoría de la población negra hablaba lenguas africanas. Eran “bozales” o auténticos negros de nación que no hablaban el español. El porcentaje de los negros esclavos que habían aprendido la lengua española debió de ser muy bajo por esta fecha. Incluso el número de bozalones, es decir, de los negros que hablaban mitad en africano y mitad en español, era menos numeroso que los bozales, que solo hablaban en lenguas africanas. Era muy lógico que esto fuese así, ya que en la primera mitad del siglo XIX, la inmensa mayoría de la población negra acababa de llegar. El número de los negros nacidos en Cuba era muy inferior al de los que llegaron durante el siglo XIX. Los africanos tenían enormes dificultades para aprender el español, puesto que la esfera de sus relaciones se limitaba a las relaciones entre ellos mismos. Más de las tres cuartas partes de la población esclava vivía en las plantaciones de caña y café, apenas si tenían contacto con la población blanca. A los africanos y negros nativos que vivían en las ciudades les resultaba mucho más fácil aprender la lengua española, ya que estaban más en contacto con la población blanca, especialmente los llamados esclavos familiares y los artesanos. Pero la mayoría de la población negra, como dijimos anteriormente, vivía en las plantaciones. No fue hasta después de la Guerra de los Diez Años que los negros invadieron las ciudades. De estas realidades hay que deducir que el idioma español fue lengua hablada también por los negros después de terminación de la guerra. Antes la lengua española no había sido en realidad lengua nacional; era oficial, pero no nacional.

Antes de la Guerra del 68, los negros hablaban varios dialectos: el yoruba, el mandinga, el arará, etcétera, según la tribu de la que procedían. La diversidad dialectal tiene por origen la tribu que el territorio, como bien dice André Haudricourt. Se hablaban muchos dialectos y una lengua, la española. No existía una lengua nacional. Todavía en 1850 la

población negra era mayoritaria; los españoles y sus descendientes estaban en minoría. Pero la lengua española estaba destinada a convertirse en lengua nacional. Era la lengua de la clase dominante y esto constituía una gran ventaja. Pero si esta lengua venció a los dialectos africanos fue no sólo por ser la lengua de la clase dominante sino además, porque a partir de 1854 la población blanca y mestiza creció a un ritmo mayor que la población negra. La cuestión numérica es de gran importancia para que una lengua se imponga sobre las otras. Durante la dominación francesa en Haití, el francés era el idioma oficial pero esto no fue suficiente para que se convirtiera en lengua nacional. Sólo los colonialistas franceses y un pequeño grupo, de mestizos hablaban francés y el francés no logró convertirse en idioma nacional. Pero del francés y los dialectos africanos nació la lengua nativa, el creole.

Fue el aumento de la población blanca lo que salvó a la lengua española en Cuba. De no haber aumentado la población blanca hablaríamos, como en Haití, una lengua nativa. En eso el racista José Antonio Saco tenía razón: el blanqueamiento era la clave para salvar los valores de la cultura de la clase dominante. Ahora bien, existen otros factores que influyeron en el triunfo decisivo del idioma español sobre los dialectos africanos, tales como el hecho de que la dominación española en Cuba se prolongó por unos cuantos decenios más que la dominación francesa en Haití. Es verdad que en Martinica y Guadalupe, la dominación francesa se ha mantenido hasta nuestros días, y sin embargo, las lenguas nativas son mucho más habladas que el idioma francés. ¿Por qué? Porque la población negra y mestiza es muy superior cuantitativamente a la población francesa. Del mismo modo como la población india y mestiza del Perú supera con creces a la población blanca de origen español, el idioma español no ha podido aún vencer de manera definitiva a los dialectos autóctonos. Aproximadamente el treinta por ciento de la población habla quechua, y el diez por ciento de los indios peruanos no hablaban español. En Bolivia se observa un fenómeno parecido. De estos ejemplos podemos deducir que el triunfo decisivo del idioma español sobre los dialectos africanos en Cuba, decisivo porque aquí no quedó traza importante alguna de estos dialectos, se debió a estos tres factores principalmente:

Uno: a que el idioma español era el idioma de la clase dominante.

Dos: al hecho de que a partir de la segunda mitad del siglo XIX la población blanca fue aumentando a un ritmo superior al de la población negra.

Tres: a que la dominación española duró por espacio de más de tres siglos.

Ahora bien, aunque en este conflicto lingüístico el idioma español pudo vencer a los dialectos de las clases más explotadas la lengua de los colonialistas sufrió serios reveses fonéticos y de sintaxis.

Muchas de las deformaciones fonéticas de entonces han perdurado hasta nuestros días. Deformaciones fonéticas que son el común denominador de la población cubana. En la excelente novela cubana *La búsqueda*, de Jaime Sarusky, quien demuestra un profundo conocimiento del tipo popular de nuestras ciudades, pueden apreciarse muchas deformaciones fonéticas del español a través de sus personajes. Sirvan estas líneas como muestra:

—¡Abre, degenerao! ¡Abre pa que veas

O por ejemplo:

—¿Yeso? —pregunto Lobera.

—No, na má que pá ver la cara que ponían los blanquito.

—Usté e' de los nuestro, mi hermano. ¿E o no e' así?

—Sí vejo Rufo e' trompeta también en la Ola de Calor.

—Y él ¿qué sabe de eso? pregunto irritado al saber que un Rufo cualquiera estaba mejor enterado que él de lo que sucedía en el Máximo Centro.

—El e' trompeta suplente de ahí, del Máximo Centro.

—¿Trompeta suplente?

—Como lo oye. Ya hace... deja ver... como un mes que está ensayando.

—¡Mentira! ¡Un mes! ¡Trompeta suplente y toca contigo en la Ola de Calor!

—Sí seño ¡Que me caiga muerto, aquí mimito si no es verdá lo que estoy diciendo!

—Y ¿cómo pudo entrar?

—Yo no sé na' de eso. Na'...

—Sí, pero se me olvido. Cualquiera se mete en la cabeza las cosas que le dicen a uno to' los días.

Las deformaciones o sustituciones de una o varias letras por otras realizadas por el negro en la lengua española, ha sido admirablemente expuesta por Néstor Almendros en un trabajo de gran rigor científico publicado en el *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*. Vol. VII Enero-Junio. 1952. Nos. 1-2.

“La influencia negra se refleja más en la pronunciación que en el léxico, como dice Tomás Navarro Tomás.

En Néstor Almendros se lee lo siguiente sobre la influencia de la pronunciación del negro en el español. “Esta influencia fue notada ya de antiguo por nuestro primer filósofo Esteban Pichardo, que registró con admirable precisión, dada la época, el habla de los esclavos africanos”. “Lenguaje relajado es el de los negros bozales”. “Este lenguaje es común e idéntico en los negros, sean de la nación que fuesen”. “Es un castellano desfigurado chapurreado, sin concordancia, número, declinación ni conjugación”. Y hace las siguientes felices observaciones: no tienen “ni erre fuerte, s, ni d final; truecan elle por eñe, la e por i y la w por u”. Y seguidamente reproduce un ejemplo del típico lenguaje de estos negros bozales:

“Yo mi ñama Frasico Mandinga, neglito reburujaoro, erabo musuamo. Yo Mingué de la Cribanería, branco como carabon, suña como nan gato, poco poco mirá ote. cribí papele toro ri toro ri, Frasico dale dinele, non gurbia dínele, e laja cabeza, e bebe guardiente, e coje la cuelo, guanta qui guanta”. (Diccionario Provincial ct. p. XI).

Dice Néstor Almendros. “Montori señala también sobre el lenguaje de los negros curros el cambio de S por R en medio de palabra.

Casne Vendeslo Vesdolaga

“Nosotros hemos estudiado algunas obras del teatro vernáculo del siglo XIX de las que hemos extraído breves fragmentos. A continuación reproducimos trozos de diálogo de personajes negros esclavos que intervienen en dos de ellas, para que se vea el notable parecido con el fragmento anotado por Pichardo. (Las obras del teatro popular cubano del siglo XIX basaban su poder cómico no en el tema, ni en los chistes, sino, aunque, cause extrañeza, en los problemas idiomáticos, hasta fonéticos podría decirse, pues todo se reducía a presentar sucesivamente personajes que hablan con acento de bozal, gallego, catalán; inglés o propiamente criollo. Señal inequívoca de la plural corriente fonética que había en Cuba en aquellos momentos y de la preocupación, no tan inconsciente, que ello suscitaba).

Habla el Congo:

Gueno día sumersé
usté ta cuchá la tango
ese so lo congo loango
y yo son la rey José.

Yo vienga pa que guaté
hace uno divertimiento
Yo habla con Mayorá
ayey mimo y me dicí
que yo tienga que viní
con toda la gente pa cá.

(Ramón Morales Alvarez: El proceso del oso. Ajiaco bufo-lírico-bailable. La Habana : 1882).

Habla José el congo:
Joyo bien, jabre los ojos,
corasó yo está rendío
yo tengo el pecho premio.
Porque tú son mis antojos
tú disipa mis enojos.
Quiéreme por compasión
Júndeme en tu corasón.

(Don Ignacio Benitez del Cristo: Los novios catedráticos Pieza en un acto. Matanzas 1868).

Y Néstor Almendros concluye “Naturalmente que esas pronunciaciones y formas idiomáticas de los negros de la colonia fueron cediendo hasta desaparecer por completo con la emancipación de los esclavos y el advenimiento de la República, pero es evidente que muchos de los fenómenos fonéticos que señalaba Pichardo han dejado huella más o menos marcada en el lenguaje actual”.

Algunos de los ejemplos citados de cómo hablaban los negros bozales o congos, prueban que antes de la terminación de la Guerra de los Diez Años, la población negra no hablaba el español, el español continuaba siendo para ellos una lengua extranjera. Ellos perdieron su propia lengua pero le introdujeron variaciones fonéticas al español, que la propia población blanca han hecho suyas. Hoy la única diferencia entre el español del negro y el español del blanco, está determinada por el grado de cultura alcanzado por unos o por otros.



Capítulo X

La reestructuración de la familia africana en Cuba

UNO DE LOS PROBLEMAS que le planteó la esclavitud a los africanos traídos a Cuba, fue el de la reestructuración de la familia. El africano había vivido dentro de una organización familiar compleja, que iba desde la familia propiamente dicha, es decir, padre, madre, e hijos, hasta la más alta organización familiar: la tribu

La familia africana tenía sus reglas, reglas que se encontraban emparentadas con las relaciones de producción de la sociedad y sus creencias religiosas. “La práctica social necesita de reglas para mantener la cohesión de la sociedad, un lenguaje para servir de medio de comunicación entre sus miembros. Entre estas reglas, las que organizan las relaciones entre los sexos y la reproducción son fundamentales”. (Máxime. Rodinson: *La sociedad primitiva. La Pensée*. número 66. 1956.) La familia depende de las necesidades de la base social y si ella tiene sus leyes propias, estas a su vez dependen de la estructura económica en que está enclavada. Pues bien, como los africanos traídos a Cuba en calidad de esclavos, y los de otras partes de América, fueron separados de la estructura económica de su sociedad, su organización familiar se resquebrajó. Aun en el caso de que los africanos hubiesen sido traídos a Cuba por familias, su organización familiar sufriría un trastrocamiento al injertarse a una estructura económica y un sistema de valores culturales extraños. Pero si además de esto se constata que el africano fue apresado sin tomar en consideración la familia a que pertenecía, porque el traficante de esclavos no iba a pararse a hacer selecciones, entonces se advierte que los africanos, ya antes de llegar a Cuba, venían sin ninguna organización familiar. Los maridos habían sido separados de las esposas, y los hijos de los padres.

Si las antiguas uniones familiares no pudieran perdurar a causa de la esclavitud, es decir, si no pudo ser restablecida la antigua estructura africana, al menos sí perduraron una gran parte de las reglas sociales alrededor de las cuales giraban las uniones familiares africanas en Cuba. Una

buena parte de la tradición familiar africana mantuvo su vigencia durante la época de la colonia española y la república, entre las familias negras de Cuba. Si en Cuba las reglas familiares de origen africano no se correspondían con la estructura económica esclavista, ni con la organización social española, al menos encontraban apoyo en la religión, que si tenía una eran fuerza. Las tradiciones familiares de los africanos en Cuba se encontraban en abierta pugna con las relaciones sociales esclavistas. Como el sistema social esclavista y la organización familiar española se encontraban en pugna con la organización familiar de los africanos, el clan, la tribu, estas últimas organizaciones no podían subsistir. El régimen de propiedad privada esclavista y la familia monogámica española pugnaban con el clan, la tribu de los africanos, y hasta con la familia propiamente dicha de los africanos. Todo lo que podía quedar de herencia africana en Cuba era parte de sus tradiciones familiares, su música y su religión.

La madre, centro de la familia africana, siguió ocupando la misma posición entre las familias negras de Cuba. La casa materna continuó siendo la casa de los hijos que por uniones matrimoniales u otras razones, salieron de ellas. Las hermanas de la casa materna que continuaban viviendo en la casa estaban obligadas a atender al varón, como el hermano que habiendo salido de la casa materna, iba a ella de visita. La madre es el centro de la familia, y su voz es ley para los hijos que viven junto a la madre, como para los hijos que han abandonado la casa. Las deudas, y todo otro tipo de obligación de los hijos varones que viven fuera de la casa materna, son consideradas como deudas y obligaciones de la casa materna. En una palabra, los elementos sociales que regían las antiguas familias africanas son casi los mismos por los que se rigen las familias negras de Cuba. Y ni la esclavitud, ni el Código Civil español logró destruir los elementos que había en torno a las familias africanas que fueron introducidas en Cuba.

Desde luego, los elementos sociales por los cuales se regía la familia africana de la época colonial española fueron mantenidos con mucho más celo por aquellas familias que permanecieron fieles, durante la república burguesa, a las creencias religiosas de África. Estas familias, fieles a las religiones africanas, se mantuvieron también fieles al manual de educación “transmitido” por los ancestros. Hay alrededor de los ancestros un código de moral, un código educacional, que fue respetado y aplicado por las familias negras cubanas que le rendían culto a Changó, a Obatalá o Yemayá. Pero aun aquellas familias no religiosas, no practicantes, sentían cierta veneración por las reglas morales contenidas en las creencias religiosas de los africanos.

Cualquiera que conozca un poco de la psicología de las familias de África de hoy, cuya psicología ha cambiado muy poco con respecto a la psicología familiar antigua, advertirá que buena parte de esta psicología se mantiene viva en las familias negras de Cuba de hoy.

En medio del sistema esclavista, la familia fue reconstruida sobre nuevas bases, sobre las bases impuestas por las relaciones de producción esclavista y el carácter privado de la propiedad. El africano procedía, familiarmente hablando, de una sociedad patriarcal, no obstante los rasgos matriliniales, pues como hemos dicho anteriormente, la madre tiene un papel preponderante en todo lo que se relaciona con los asuntos de la casa. Y el hecho de que procediese de una sociedad patriarcal facilitó su adaptación a las formas monogámicas de la familia española.

Ahora bien, las familias africanas de la época colonial siguieron bajo la autoridad suprema de los jefes religiosos, una autoridad mayor que la del propio padre de familia debido al poder profético de estos jefes. Pero las relaciones entre las familias y la organización religiosa se fue debilitando, en virtud del mestizaje y de la fuerte presión que el sistema esclavista ejercía sobre las tradiciones africanas, relaciones que eran extraordinariamente fuertes durante la primera mitad del siglo XIX.

La organización tribal de los negros de la primera mitad del siglo XIX era una organización ficticia que subsistía más bien como un recuerdo que como una realidad social. A las tribus negras le faltaba la propiedad de la tierra y de los animales y la propia libertad de sus miembros. Los africanos eran esclavos y por lo tanto no eran dueños ni de sus personas. Si dentro del régimen esclavista “reorganizaron” sus clanes y sus tribus, fue porque su pensamiento estaba condicionado por esta “organización”. Pero cuando el sistema esclavista se hundió sólo quedaron de los clanes y tribus africanas una máscara, una máscara muy semejante a la que vemos en las comparsas callejeras. Es el viejo recuerdo que perdura.

Muchos de los rasgos de la antigua familia africana han perdurado. Entre nosotros la madre conserva su máxima autoridad en los asuntos familiares, conserva la autoridad incluso sobre los hijos que han salido de la casa materna.

Pero el mayor aporte de la familia negra a la familia cubana, es el de haber contribuido a destruir la concepción conservadora y hasta reaccionaria de la familia española. El matrimonio civil y eclesiástico, la virginidad, los noviazgos largos, la prohibición a las muchachas para salir de la casa, formaban parte del mecanismo tradicional feudal de la familia española.



Capítulo XI

Causas del empobrecimiento de las culturas española y africana en Cuba

AÚN EN LOS FINALES de la primera mitad del siglo XIX existían en Cuba colonial dos grupos raciales y dos culturas, el número de mestizos era insignificante en relación con el total de la población de blancos y de negros, y las culturas como las razas conservaban su pureza. Los hábitos, costumbres, psicología, formas de pensar de la población blanca eran típicamente españoles. La población blanca era prácticamente el mismo pueblo español, con sus mismas características, con la sola diferencia que vivían en una Isla, reclamaba derechos políticos al gobierno central de manera muy semejante a la población de una provincia española.

Otro tanto puede decirse de los negros de este período. Sus hábitos, costumbres, formas de pensar, correspondían a los de la cultura africana.

Ahora bien, estas culturas no eran auténticas culturas sino desprendimientos de las culturas madres de España y África trasplantados a Cuba. Estos dos trasplantes culturales tenían bases muy débiles: privados del calor de las organizaciones sociales y de las tradiciones seculares de los pueblos de donde procedían estaban condenados a debilitarse y empobrecerse en el decursar del tiempo. No había pues por qué esperar herniosos frutos culturales de unas poblaciones que habían quedado privadas del calor de las culturas madres. La pobreza en el rendimiento cultural de las poblaciones que han sido arrancadas de los países y pueblos de origen no es una excepción sino la regla. Desde el siglo XVI las metrópolis europeas trasladaron a América, Asia, África, a miles y miles de sus nacionales, españoles, franceses, ingleses, holandeses, amén de sus instituciones, de su arquitectura, de su música, de su sistema de enseñanza, y sin embargo, en ningún país de América, de Asia o África las poblaciones de origen europeo han logrado producir una literatura, una pintura o una música de las calidades artísticas de los países metropolitanos. Tal parece como si el destino del hombre de Europa que abandona el continente era el de ir perdiendo lentamente su capacidad creadora, y en realidad es así, al quedar

privado del calor de las organizaciones sociales y de las tradiciones seculares que le trasmitían fuerza vital. El hombre blanco en América imita y crea poco, imita falsamente a los valores de su cultura madre. Nuestro siglo XIX es un ejemplo elocuente. El teatro, uno de los géneros artísticos de más vigor en España, era en Cuba una máscara grotesca del teatro español, y así también fueron una máscara grotesca de la cultura española las novelas que se escribieron en este siglo incluyendo a *Cecilia Valdés*. Todo lo que dentro del ámbito español de Cuba se escribía y se representaba iba a la zaga de las creaciones de la cultura madre, incluso la población de Cuba pierde la capacidad española para la pintura. Casi lo único que pudo salvar el español de Cuba fue una parte de su capacidad para razonar y gracias a ello pudo escribir ciertos libros de carácter ideológico como los de Saco, Luz y Caballero, Varela, etcétera. El argumento que suele darse para justificar la pobreza cultural de Cuba o de cualquier otro país de América, el de que somos pueblos jóvenes es en realidad un débil argumento puesto que el hombre blanco de América es tan viejo como el hombre de España y Portugal, tan antigua su lengua como su capacidad de pensar. Y también el negro de América es tan viejo como el africano, y la raza indígena de América es una raza de varios milenios de existencia.

Existe además como causa esencial del empobrecimiento cultural de las poblaciones de origen europeo asentadas en América, amén de la causa señalada anteriormente, es decir, de que estas poblaciones quedaron privadas de la fuerza vital creadora de la tradición secular, la del colonialismo. La población blanca que llega a América viene con el firme propósito de enriquecerse y a sus descendientes lo educan en el espíritu de lucro. El dinero se convierte en el símbolo de la población colonialista. Las clases dirigentes desprecian a la cultura y en tanto estas clases adoptan una actitud despreciativa por la cultura, en la metrópoli las clases dirigentes continúan prestándole atención al desarrollo de las bellas artes.

La situación de la “cultura” de los negros era más crítica que la situación de la “cultura” de los blancos por la sencilla razón que los negros eran una población esclavizada. Sus hábitos, costumbres, tradiciones estaban destinadas a empobrecerse con mayor rapidez. La propia música “negra”, una de las más altas expresiones de cultura de África, pierde fuerza vital en Cuba porque esta música no tiene las mismas funciones sociales que en África, una de cuyas funciones esenciales era la de favorecer el aumento de producción de bienes materiales. En Cuba, los tambores no podían ser tocados para dar gracias a los dioses por haber enviado las lluvias para asegurar el éxito de las cosechas porque el negro

era un esclavo y no un dueño de la tierra como en África. Incluso a la música negra de Cuba le faltó la comunión de espíritu del pueblo africano, con historia, con sus triunfos y sus luchas seculares, el calor de las complejas organizaciones sociales de África, y esta es una de las tantas razones del porqué haya perdido fuerza rítmica.

Otra de las causas que influyeron en el debilitamiento de la cultura española y africana del siglo XIX estuvo determinada por la situación antagónica en que tienen que convivir las poblaciones y nada menos que dentro de un pequeño territorio. Como las relaciones sociales eran antagónicas, del tipo esclavo-esclavista, los hombres y sus culturas vivían en perenne antagonismo. Ni a la población blanca esclavista o no, le agradaban los “ruidos” de la música de los negros y viceversa. Ambas poblaciones tenían muy pocas cosas en común, una era libre, otra esclava, danzaban músicas diferentes, hablaban lenguas diferentes y se entregaban a prácticas religiosas diferentes también. El católico veía en las prácticas religiosas de los africanos la expresión del “salvajismo” de esta raza, la expresión de su espíritu fetichista y no se percataba del fetichismo de su religión. El católico no advertía que su religión le daba una explicación sobrenatural a fenómenos tan naturales como los de la propia Naturaleza e incluso a las creaciones y realizaciones de los propios hombres como son las propias imágenes, los santos y la propia religión. Y como el católico era ciego para comprender el parentesco que existía entre su religión y las religiones de los africanos, su parentesco sobrenatural, calificaba a las prácticas de los negros de hechicería. Esta actitud de desprecio que el español y sus descendientes asumían con respecto a las religiones de negros era la misma que asumían con respecto a la música y demás manifestaciones culturales de los negros.

La lucha entre el catolicismo y el politeísmo africano acabó por debilitar las conciencias religiosas de blancos y negros. Y más que debilitar acabó por confundir el verdadero sentido de sus respectivas religiones.

Ya lo decía Hércules, el conflicto es el padre de todas las cosas. Fue de los conflictos entre los hombres y las culturas, de la “destrucción” de las viejas culturas y su decadencia de donde germina la “cultura cubana” y que no será tal hasta que se convierta en la verdadera negación de las culturas que la precedieron.



Sumario

	pág.
NOTA PRELIMINAR	5
CAPÍTULO I	9
CAPÍTULO II	
Síntomas de debilidad ideológica de la burguesía	19
CAPÍTULO III	
Concepción libresca y aristocrática de la cultura	25
CAPÍTULO IV	
¿Cómo se formó la cultura nacional?	33
CAPÍTULO V	
El problema de la conciencia nacional	43
CAPÍTULO VI	
Ideología y conciencia nacional	55
CAPÍTULO VII	
Conclusiones	65
SEGUNDA PARTE	
CAPÍTULO VIII	
Los factores de unidad entre los africanos de Cuba	71
CAPÍTULO IX	
El conflicto lingüístico	81
CAPÍTULO X	
La reestructuración de la familia africana en Cuba	87
CAPÍTULO XI	
Causas del empobrecimiento de las culturas española y africana en Cuba	91



ISBN 959-7137-17-8



9 789597 137177



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CUBA
JOSÉ MARTÍ